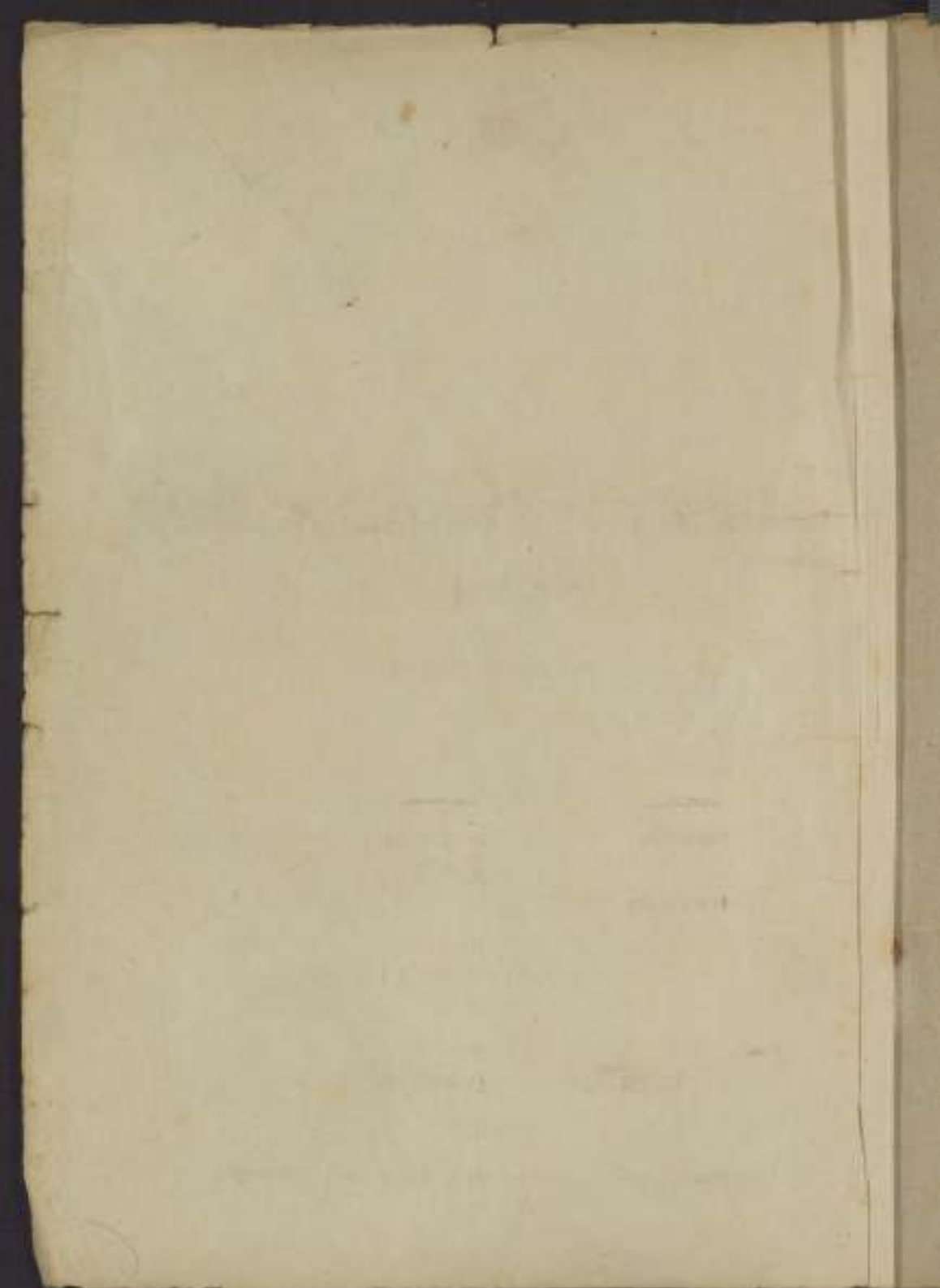




# Currito de la Cruz

ANTONIO VICO  
EDSA R. ROMERO "LA ROMERITA"  
AGUSTIN PEDROTE  
"MONSIEUR"  
DANIEL WANCE

2  
PTS



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE-Pasaje de la Paz, 10 bis-Tel. 19841-Barcelona

## Currito de la Cruz

Magistral producción nacional basada en la popularísima novela de  
ALEJANDRO PEREZ LUGIN

Director:

FERNANDO DELGADO

Producida por Ediciones Cinematográficas Españolas (ECE)  
y Ediciones y Distribuciones Cinematográficas (EDICI)

Distribuida en Cataluña, Aragón, Baleares y Levante por

**EDICI**

Rambla de Cataluña, 118 - BARCELONA

Resto de España por

**HERRERA ORIA**

MADRID

Realizada en los

**Estudios de Aranjuez, S. A.**

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

## Reparto:

Antonio Vico . . . . .	<i>Currito de la Cruz</i>
Elisa Ruiz Romero «la Romerito»	<i>Rocío</i>
Antonio García «Maravilla» . . .	<i>Romerita</i>
José Rivero . . . . .	<i>Manuel Carmona</i>
Eduardo Pedrote . . . . .	<i>Capita</i>
Nicolás Perchicot . . . . .	<i>Padre Ismael Almanzor</i>
Carmen Viance . . . . .	<i>Sor María del Amor Hermoso</i>
Ana Adamuz . . . . .	<i>Manuela «la Gallega»</i>
Ana R. Leyva . . . . .	<i>Teresa</i>
Emilio Santiago . . . . .	<i>Gazuza</i>
José Ortega . . . . .	<i>El Pintao</i>



# Currito de la Cruz

## Argumento de la película

### PROLOGO

Dormía el campo andaluz bajo la serenidad de la noche de verano. Apenas algunas luces mortecinas, acá y allá ponían su nota palpitante. Un hondo perfume parecía exhalar aquella tierra meridional, cálida y noble. Los árboles se recortaban finos, guardias vigilantes bajo el gran arco de la noche.

Una sencilla casita, rodeada de arboleda, dejaba escapar a través de sus ventanas resplandores de débil luz. Un caballo enjaezado al estilo del país, aparecía atado a un árbol. Su testa de urina suaves miraba al portalón por donde sin duda debía aparecer su dueño.

Dentro de la casa, en una habitación sencilla, decorada al modo huertano, se hallaba, acodado sobre una mesa, pensativo y triste, el conde de Guíomar. Era un hombre distinguido, de anchas patillas, vestido con chaquetón campeo y calzón y botas de montar.

El ruido de una puerta al abrirse

hizo levantar la cabeza al conde. Sus ojos tenían un brillo melancólico y sobre los labios aristocráticos había una sonrisa de amargor. Dolores, figura y maneras de hortelana, entró con un niño recién nacido en brazos, envuelto en unos pañales pobres y todo él en miserable toquilla.

La huertana y el conde parecieran observarse con recelo, mas luego, el último habló:

—¿Qué, cómo está?

—Muy bien, señor conde.

—Dame.

Tomó el niño, envoltorio caliente que se estremecía en los inicios de la vida y al que no quiso mirar.

—No olvidaré en mi vida lo que has hecho esta noche.

—Pero, señor conde...

Y había veladuras en la voz femenina.

—Nadie sabrá nada, ¿verdad, Dolo-

res? Si algo ocurriera me avisas en seguida. ¡Adiós!

La huertana le vio alejarse con el niño en brazos. Deutó el conde el caballo, montó en él con un salto de hábil jinete y se perdió bajo la noche, camino de la ciudad.

Fué alejándose lentamente el ruido del galope. Cuando ya todo volvió a quedar en paz, Dolores penetró en la reducida estancia, pobre, de paredes enjalbegadas y cubiertas de imágenes de santos. Un viejo despertador marcaba el ritmo de las horas que pasaban. En la cama situada en un rincón, estaba más que dormida, amodorrada, la señorita Guiomar, la hija del conde de este título, la dulce criatura que engañada por un tenorio pueblerino había sufrido todas las consecuencias de su falta. Historia eterna y vieja como el mundo, historia de ayer y siempre, que nace de una concesión y acaba siempre en lágrima. El amante que rinde, la pasión, la soledad propia, la sed de infinito que hace beber del agua prohibida. Después, el abandono y la inhibición, y la hija, la mujercita, sola, horrorizada ante el enigma de la vida que intenta sobre ella su reproducción. Los meses de ansiedad, de encierro en la casa solitaria, cerrada a las miradas de todos, el odio del padre, herido en su reputación y en su sangre por el deshonor, que fué inconsciente, de la hija. Meses penados como siglos hasta la hora de la concepción, en que del cuerpo de la mujer surge, como una paloma de su nido, otra vida que saluda al mundo con sus lágrimas.

Nadie conocería la verdad. El conde de Guiomar se llevaba al niño lejos para abandonarlo en el toro y cerrar así para siempre el paréntesis abierto en una hora de amoroso temblor.

La huertana tomó el pulso de la enferma, tentó sus sienes, refrescó sus labios quemados por la fiebre. La joven, que era bella, con una belleza marfileña de dolorosa, no parecía darse cuenta de nada. Sentóse Dolores a su lado para velarla.

Transcurrían las horas: las manecillas del reloj fueron dando su vuelta a la esfera. Eran las tres y media de la madrugada cuando la señorita Guiomar abrió los ojos, los dirigió a la derecha e izquierda de su cama y en seguida interrogó a la hortelana, que bajo el silencio se había adormecido:

—Dolores, ¿dónde está? ¿Dónde?

Con solicitud la buena mujer acarició sus manos y la preguntó a su vez:

—¿Cómo se encuentra la señorita?

—¡Muy bien! Pero... ¿dónde está?

Y las manos aristocráticas se tendían con una gracia de imploración.

—No sé... no me pregunte... no sé.

—decía atolondrada y bornea.

—¿Que no sabes, Dolores? ¿Qué dice? ¿Por qué lloras?

Y con un grito de su alma añadió:

—¡Tráele! ¡Quiero verlo!

Pero Dolores, le vez sobemaltado, le volvió a suplicar:

—No me pregunte, señorita. No sé... No me pregunte...

La señorita Guiomar reclinó la cabeza con angustiosa actitud, mientras sus ojos que habían permanecido secos

bajo el dolor de la concepción, rompían ahora a llorar silenciosamente, con un gemido divino, maternal.

¿Qué habían hecho de su hijo? ¿Nació muerto? ¿Vivo y se lo habían robado? ¿Dónde, dónde estaba el hijo?

—No me pregunta, señorita, no me pregunte...

La señorita Guiomar se estramenció bajo una nueva crisis de lágrimas. Se vio se ahogaba entre suspiros y crispaciones. Sólo una palabra, la única que había en su corazón:

—¡Mi hijo... mi hijo!...

Y a la misma hora, bajo el amanecer de la ciudad, el señor conde de Guiomar depositaba el niño en el torno de la casa-cuna de Sevilla. Hizo sonar el timbre anunciando la donación y seguidamente desapareció mientras el torno giraba de la frialdad del exterior al calor divino de las salas del convento.

La hermana tornera recogía el niño en brazos y después de besarlo tiernamente, hacía su inscripción en el libro de registros, señalando la hora de su entrega. Ni un documento que le identificase, ni una medalla que pudiera diferenciarlo de los demás. Niño envuelto en pañales pobres y que temblaba bajo ese frío cruel de las primeras horas de la vida.

La hermana tornera, efectuada la reglamentaria inscripción, depositó el niño en una cunita al lado de otras iguales en que dormitaban otras niñas, acogidos a la caridad de la incógnita. Nada les faltaría allí; alimento material y el

amor y la ternura de las religiosas, surgiendo del mismo amor divino.

\*\*\*

Cinco campanadas en el tiempo, cinco años que sonaron a gloria y a llanto según el alma de quien las oyó.

Don Ismael, respetable canónigo, alma comprensiva y cordial, que tenía la dulce virtud de hacerse cargo de las cosas, escribía una carta dirigida a su sobrina, Sor María del Amor Hermoso, que había ingresado como religiosa en la casa-cuna de la ciudad sevillana.

Sor María del Amor Hermoso había sido en el siglo la condesita de Guiomar, voluntariamente encerrada, tras la misteriosa desaparición de su hijo, en los claustros que dan el alvijo y donde cultivan las suaves flores de la piedad. El conde había muerto poco después de lo ocurrido, aplastado por la soberbia y el orgullo maltratada. Dolores tenía la imposibilidad de la eséncia. A veces la señorita de Guiomar se había dicho si habría despertado de una pesadilla. Pero la realidad de ciertos hechos volvía a ella para darle la sensación plena de lo vivido, en desgarros de dolor y torciuras del alma. Y era la paz del convento como el agua del cansado peregrino. Entró de hermana de la caridad y tras varios períodos había ingresado en la casa-cuna de Sevilla, donde, sin que ella pudiera sospecharlo, se hallaba el niño que era como aquella paloma que se escapó de su corral.



Y don Ismael, el probo sacerdote que conocía las almas, le escribía con su letra antigua de delicados perfiles:

*... ahí hay muchos hijos sin madre que podrán satisfacer la sed de amor filial de tu dolorido corazón de madre sin hijo. Que el Señor vele por ti y sabes lo que te quiere tu tío,*

*Ismael.*

Aquella carta era dulce consuelo para la religiosa que había dispuesto consagrar su vida a los niños en aras de aquel ángel suyo cuyo destino ignoraba, espina que le sangraba el alma para siempre.

Toque de campana. Mañanita de sol, rosa dorada del cielo sevillano. Sor María del Amor Hermoso guardóse la carta que había vuelto a leer al despertar. Dirigióse hacia el dormitorio de los niños que ya en pie, ante la doble fila de camas, rezaban a coro una plegaria dulce, ingenua y linda como ellos:

*Deja, Virgencita Santa,  
que tu protección me ampara,  
que eres la madre de todos  
los que no tenemos madre.  
Cuando de Dios el cariño  
en el cielo nos reúna,  
acuérdate de los niños  
que están en la casa-cuna.  
Mi corazón se alumbra  
con tu bendita luz  
hasta mi último día,  
avén Jesús.*

La monjita, de allas tocas, con la belleza dulce que martirizó el dolor, fué

avanzando por entre las camas de los niños hasta llegar al sitio, donde uno de ellos, Carrito de la Cruz, moreno, de mirada tierna, inteligente y soñadora, acababa de efectuar su rezo.

Era Carrito de la Cruz el mismo niño que había dejado en el torno el marqués de Guimar. Era el hijo de la señorita de Guimar, arrebatado de su lado apenas nacido. Y el destino con su fuerza ciega y poderosa había querido juntar, sin que lo supieran, a madre e hijo bajo el mismo hogar.

¿Cómo iba a pensar nunca la linda madre María del Amor Hermoso—nombre dulce como su corazón—que aquel niño no era un niño como los demás, sino el suyo, por el que palpitaba su alma? Y, sin embargo, una atracción ciega, una voz misteriosa, una corriente invisible, un imán seductor, atraía a madre e hijo para fundirlos en una comunidad de inefables sentimientos. Adivinó en la implorante mirada triste del niño algo misterioso, vago e inconcreto, pero fuerte, que conmovió hasta lo más hondo su alma y fué devanando en su imaginación el hilo de una dulce inquietud.

La monja debe amar a todos los niños por igual, pero Sor María del Amor Hermoso sentía como una inconsciente preferencia por aquel niño que llevaba el nombre castizo de Carrito, amparado por el signo excelsa de la Cruz.

Acariciándole con ternura, contemplándole con ojos encendidos de luz maternal, le dijo dulcemente con aquella voz de timbre de cristal:



—¿Has dormido bien, Carrito?

El niño sonrió con una de esas sonrisas tristes que tienen todos los niños de las instituciones.

—De un tirón. Hoy no he tenido miedo.

—¿Lo ves? Cuando los niños son buenos, el santo Ángel de la Guarda vela su sueño y duermen de un tirón, como tú esta noche.

Ingenuamente el chiquillín preguntó:

—Yo soy bueno, ¿verdad?

—Tú eres regular, pero tienes que ser bueno, muy bueno, para que todos te quieran mucho.

—¿Tú me quieres?

Hubo como un temblor en los labios de Sor María. Le llevaba a aquel niño un amor que no era el simple cariño de la monja hacia el hermanito a quien cuida y adora por amor de Dios; era algo indefinible en su espíritu, sin un conforme verdadero, algo de aquel amor de madre que ella no había podido poner en el que le quitaron y cuyo destino permanecería eternamente en el misterio.

—Yo... te quiero mucho—murmuró con una entonación cantarina, de madre-cita buena y joven.

Oyóse la voz de la madre superiora, vigilante y calma de las disciplinas de la regla.

—¡Sor María del Amor Hermoso!

Llegóse ésta a ella, humilde, suave, de puntillas.

—Reverenda Madre.

—Sor Teresa—indicó la superiora a otra monja—, váya visitando a ese niño.

Obedeció Sor Teresa mientras que Sor María del Amor Hermoso, lanzando una mirada nostálgica a Carrito, siguió a la madre superiora que, fría, huscando en la voz inflexiones de dureza que no encontraba, le explicó:

—Hermana: he observado en usted cierta predilección por ese niño, por Carrito de la Cruz, y debo decirle que nuestra sagrada misión en esta casa exige una igualdad de afecto para todos los niños sin que ninguno pueda notar más diferencia en nuestro cuidado que la que resulta de un premio o de un castigo...

La oía en recogido silencio la hermana Sor María del Amor Hermoso y se prometía a sí misma, acusándose de su pecado, no sentir preferencias en su corazón. Debía amar a todos por igual; fijar los ojos en alguno de los niños era contravenir el espíritu igualitario de las reglas.

Y con los ojos bajos y una tristeza extraña en el corazón siguió a la madre superiora que no paraba en sus edificaciones revestidas de la dulzura que se debía a aquellas novicias, deslumbradas aún por ciertos afectos del mundo.

\*\*\*

Jugaban los niños en el patio del hospicio en aquella tarde de primavera, milagro de sol bajo el cielo claro de Andalucía. Carrito y otros chiquillos toraban, sintiendo ya en sus almas el espíritu de la raza, temerario y artístico, noble y de belleza sin igual. Carrito toraba con una muleta y había que ver

el garbo y la limpieza de movimientos y la agilidad de los pasos de aquella pequeña figura donde ya parecía flotar la nota valiente del matador.

Unos viejos internos en el mismo asilo, niños a su manera, pero con ese infatigable triste de la vejez que limita los horizontes al momento de su vida, sin ampliarlo al reino de los sueños como efectúa la infancia, contemplaban con entusiasmo la fauna de Currilo de la Cruz, aquel pedacito de gloria que encendía la sangre de aquellos antiguos aficionados que allá en su juventud vieron las mejores corridas.

Uno de ellos, con su boca desdentada, gritaba:

—¡Olé! ¡Eso está muy bien! ¡Vamos a ver ahora! Tres naturales sin enmendarse.

Currilo obedecía saltando con la moleta con un estilo afiligranado y excelso.

—¡Olé, olé, olé! — gritaba el viejo con mayor entusiasmo—. ¡Ahora es de pecho! ¡Olé... san Rafael Molina Lagartijo!

El toque de campana llamando a la merienda puso fin a la escena de tautomaquia. Los chiquillos teulan hambre y huyeron entre risas. Quedaron los viejos comentando la grandeza de aquel Currilo que era "una catedral".

Sor María del Amor Hermosa iba repartiendo en el refectorio la merienda a las muchachitas. Iban en fila, recogiendo respetuosos el panecillo y el pedazo de chocolate que les sabía a gloria. Currilo había recogido ya su

parte y se había quedado rezagado detrás de la monja, contemplándola a hurtadillas con una veneración misteriosa. Una vez más la fuerza de la sangre tenía vibraciones infinitas. Sin saber por qué, adoraba a Sor María como hubiera podido querer a su madre verdadera.

Cuando el último niño había tomado su merienda, la dulce hija del marqués de Guioamar miró a Currilo.

¿Por qué ese niño la atraía con esa extraña fascinación de ciertas flores que a distancia se complementan? ¿Por qué era ése el que parecía llenar el hueco del amor maternal que su alma experimentaba como un deseo febril y torturador? Iba a sonreírle—como si viera en ese chiquillo una evocación del hijo de sus entrañas que no conocía, que le quitaban bajo la severidad inflexible del honor, de un código de familia, brutal y austero, cuando se acordó de las recomendaciones de la madre superiora "de que no debía establecer preferencias".

Estaba pecando, estaba mirando al niño con ojos de madre en vez de contemplarle únicamente con los de religiosa. Y brusca, nerviosa, estalló en vehemente protesta:

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? ¡Fuera! ¡Largo!

Currilo palideció ante aquellas palabras rudas a las que no estaba acostumbrada. El dedito goloso que se extendía hacia el postre, se encogió de pronto, tembló todo su cuerpo, cadurreñó la cara con un puchero y fué a romper a llorar. Pero Sor María del Amor Hermoso sintió de repente otro impulso de

amor e inclinándose hacia el niño, desbordarse en furiosos besos con que ella, alborotada su corazón, desahogaba el ansia maternal que la consumía.

—¡No llores, mi vida! ¡Hijo mío, hijo de mi alma!

El niño, curado de su miedo, sonrió tímido.

—¡Mamá!

Y Sor María, estrechando contra su alma al pequeñuelo a quien quería como a hijo suyo—; Ah!, ¿por qué no había de serlo?—lanzó unas palabras que encerraban caudales de amor; eran el eco del dulce calor maternal de su corazón.

—Sí, de todos madre, ¡pero tuya, mamá!

## CAPÍTULO I

Pasaban los años, que eran como viejos escuálidos, larguiruchos, desarrapados, con guataña y reloj de arena que al compás del mismo ritmo de la música marchaban iguales, uno detrás de otro. Casi quince años pasaron. Corrito de la Cruz ya no estaba en el asilo. Su alma libre había querido hacer libre también al cuerpo y una tarde, en compañía de otro camarada, había huido de la inclusa, con la horrachera de la alegría en el corazón y ese sol magnífico de la inocencia en la mente donde se guardan los bellos pensamientos.

¡A luchar, a vivir, a triunfar, a que el arte del torero que sentía latir por sus venas, le elevara a las cimas de la gloria, a sentir la emoción de las aplausos y el palpitir de las gentes al oclamarle como a un semidiós!

El señor Joaquín, alias "Copita", por que le gustaba de vez en cuando el buen vino de la tierra, se había encargado de

hallar contrato para Corrito de la Cruz en quien tenía una fe indestructible, sagrada. Copita era un hombre de media edad, banderillero que había sido de algunas cuadrillas, hombre a quien todas las torcas se le antojaban grandes y que parecía haber hecho cierto convenio con el miedo.

Aquella tarde se hallaba en el interior de un colmado de Sevilla, departiendo con Frasquito, un amigo, y bebiendo chatos con tapas a lo largo del mostrador.

Frasquito, hombre que tenía mucha influencia, había estado escuchando la narración de Copita con un gesto dubitativo.

—Eso no va a poder sé, Copita.

—¿Por qué?

—Porque el mismo derecho que Corrito lo tienen todos los chavales que quieren ser toreros.



—Ea que Currito no quiere ser torero.

—¿Qué quiere ser? ¿Aviador?

Copita behióse otro chato y respondió con su gracia espontánea y garbosa:

—No quiere ser torero, porque ya lo es, pa que te enteres. Y va a azabá con el mundo. Y con la propaganda que se le puede hacé con eso de que es inclusero... ¡A robá los billetes!

—¿Has hablao con Juanito, el de Málaga?

—Ese es otro hueso. Y es que ahora no hay empresarios ni ná. Todos son managía.

—¿Managía? ¿Qué es eso?

—Esos tios que organizan lo der boreo; managía, ya se dice...

En casa de Copita, amén de la madre de éste, una vieja sonrosada y risueña, vivían mientras se arreglaban las cosas, Currito de la Cruz y su compañero Gazusa, fugado como él del asilo. Era Currito un muchacho espigado, fino y débil, con grandes y negros ojos donde flotaba esa melancólica luz que tienen todos los incluseros, una extraña luz, reflejo blanco de los muros de la casa-cuna donde faltan ondulaciones de montaña y el olor bravo de la tierra virgen. Puro había en su corazón la llama de la fe que no apagaban la pobreza ni las desencantos, avivada por la juventud.

Tenia un espíritu de artista—artista ante la fiara que soñaba brava, valiente, arrojándose contra él, afilada la testuz y Currito la esquivaba con la maestría

del matador, inteligente y noble en su lucha con la fuerza bruta.

Gazusa, su compañero, quería ser torero también, aunque no estaba seguro si ante la realidad de la plaza llena, frente al toro, iba a fallarle su valor. Por el momento dedicaba sus afanes al humilde oficio de limpiabotas, que le permitía cambiar impresiones con los parroquianos sobre incidencias de la vida taurina.

Iba Gazusa a entrar, ya de retorno de las fatigas del día, en casa de Copita, cuando vió salir al patio a Currito que se entretenía quitando la hierba de una de las macetas.

Gazusa al verle hizo como un gesto de desesperación.

—¡Lo más grande! ¿Tú has visto nunca que a uno se le vayan los pies sin estar borracho?

—¿Y a quién le pasa eso?

—A mí, que no he tenido hoy más que un parroquiano y me ha pagao el cincuenta por ciento porque era cojo... ¿Y tú?

—Esperando estoy al señor Joaquín a ver si ha arreglao algo.

—¿La verdad es que habemos tenido una suerte! Pasao mañana hace un año que dimos la espantá del asilo.

Currito sonrió con melancolía al considerar el tiempo perdido sin haber hecho aún la conquista del mundo.

—¡Un año! Parece mentira...

—Un año, Curro, un año. Y creímos que íbamos a vestirnos de toreros al día siguiente.

La imaginación de Currito habíase



lanzado—flecha azul de los recuerdos—hacia la casa-cuna. Su voz tenía temblores de emoción al decir:

—¿Qué será de la madre?

—¡Mía que te quería!

—¡Tengo unas ganas de verla!

El ruido de unos pasos le distrajo y vió avanzar a Copita con cierto aire de hombre a quien no salen bien del todo los negocios. ¿Otra fallida?... ¿Hasta cuándo así?

Garza, distraído, estaba torcando al natural con la caja de limpiar y, sin querer, dió con ella en la pierna de Copita.

—¡Ju! — dijo horrorizado—. Mira...

Copita le lanzó una mirada feroz.

—¡Ay! El que tiene que mirá cretín, niño, que me has roñado en la rodilla.

Currito, que observaba a su protector, le suplicó con cierta desesperanza:

—¿Trae usted alguna buena noticia, señor Joaquín?

—¿Buenas noticias? Que somos tres duros farsos, Currito. En ningún lado nos quieren. Que tenemos que haé argo grande pa' llamá la atención sobre nosotros.

—¿Y qué vamos a haé?

—¿Te lo digo? Pues ahí va. He dicho argo grande. Y pa' haé argo grande, hay que sé valientes. ¿Nosotros somos valientes? ¿Somos valientes? — agregó como queriendo convencerse a sí mismo—. Pues como somos valientes, ahora mismo nos vamos a Venta Antequera, esengemos er tuto más grande y de más pitones de las corridas de feria,

vamos a la corria, esperamos a que saiga por los chiqueros. Y, en cuanto lo veamos salir... te tiras tú.

Y hacia la Venta Antequera fueron una mañana luminosa como todas las de Sevilla, oliendo claraosa a azahares, a brío juvenil y resuelto. Era el encierro del ganado que debía torcarse en las ferias de abril. Ganaderos, aristócratas, aficionados, gente del pueblo, contemplaban el avance de aquellos toros de lidia, procedentes de las más bravías cortijadas, ejemplares magníficos, de cuernos enormes, que parecían ya atibetar al valiente que se pusiera ante ellos.

Currito, que sentía en la sangre el llamamiento del lidiador, espíritu de raza que sabe luchar con la muerte, contemplaba con emoción el paso veloz del ganado.

Copita estaba junto a él, animándole a escoger al bicho que espontáneamente debía capear en la corrida, pero sintiendo ciertos escrúpulos ante la arrogante testar de aquellos animales. ¡Dios, él era incapaz de ponerse ante un toro así, con dos puñales por cuernos!

Iba señalando los toros de las diferentes ganaderías, cuyos lomos de color de sangre brillaban como en ascuas al sol.

—Esta es la ganadería de Parladé.

Currito replicó con indiferencia:

—Eamirriáas.

—Y esos otros los Colomas.

—Chiquitillos.

Pero, ¿qué necesita aquel chico pa' tener algo suyo? Ahora eran los miras, la famosa ganadería, sangre

brava, ejemplares soberbios, perfectos, con el cuidado de una reproducción excelente.

—¡Los miras!

Currito contempló uno de ellos, robusto, de aquella pavorosa divisa, que hacía temblar a veces a los diestros de mayor valor.

—¡Ese!—dijo decidido.—¡Aquel toro negro!

Copita puso cara de espanto.

—¿Ese pavo? Chiquillo, mira que esos toros le arman un latifundio al cursum se acuerda.

—¡Bah!

Hizo un gesto despectivo. El torero había arcaigado profundamente en aquel espíritu juvenil, hábil y noble. Pensaba luchar, triunfar, sentir ante él aclamándole la visión deslumbrante de la corrida, los gritos de las gentes, el brillo de los trajes de luces, el colorido maravilloso de la plaza, todo lo que hay de único, de divino y de cálido en la fiesta denominada nacional.

Estaba escrito, iba a lanzarse al ruedo en la lidia del domingo, ante aquella afición sevillana que erigia en un día sus ídolos y sembraba de flores de admiración el camino de sus vidas.

Así llegó la tarde de la corrida y en las utrnas ardientes los toros se encabritaban, nerviosos, enfurecidos, viéndose burlados por el arte insuperable de los matadores que los embestían y los guiaban a su autojo.

Currito y Copita habían conseguido tras esfuerzos enarnez, el tener dos localidades de sol, entre el público bro-

vo que gesticula, enfurece, se apasiona, pide la muerte y la vida bajo el impulso de los instintos primitivos.

Gazaca no había tenido la misma suerte. Afuera había quedado, con otros tres chavales, recogiendo únicamente las sobras de aquella corrida, escuchando los oles y las imprecaciones, respirando el aire especial, único de la plaza en conmoción, bajo la violencia nerviosa de las emociones.

—Ahora deben estar por el tercero.

—Pues no se han oído más que broncas.

—¡Esperarse!

Y pensaba en la promesa de Currito de lanzarse al redondel.

Pero Currito en aquel momento sentía como una inquietud que parecía impedirle sus promesas y lanzarse ante la atestada plaza citando al toro con uno de aquellos pases que le habían dado fama entre sus amigos. Copita se removía irritado, temiendo que se le escapara la ocasión de lucirse su amigo de una vez para siempre.

—Y ahora va a ser o no va a ser, porque digo yo que no esperarás que te echen en cara de San Lucas, cogido de un cuerno por el conosedo de la ganadería, digo yo.

—Déjeme usted ya en paz, señor Joaquín—decía molesto.

—Esta ya me la tenía yo tragá. Par supuceto que a la salida te vuelvo al asilo y le digo a la superiora que no te pegue, que no lo harán más.

—Pera, ¿se quiere usted cavá?

—Y ensima que te cayes, Copita.

La plaza parecía venirse abajo bajo las explosiones de la bronca. El miura, salivantado, furioso, traicionero, tenía a raya a su matador, el torero Manuel Carmona, uno de los astros más rutilantes de la tauromaquía, de historia limpia y valiente, pero que tenía una tarde desgraciada y le imponían los cuernos afilados de aquel animal al que era imposible de lidiar en condiciones. Y su faena desdichada exasperaba a los espectadores que vertían contra él toda suerte de injurias.

—¡Hay que llegarle, hay que llegarle a la cara!

—¡A ver, a ver un cañón pa ese torero tan grande! — gritaban desde otro de los tendidos.

—Señores, que hay que ver lo flamenquito que está el miura—decía otro espectador más comprensivo.

—Y que Carmoncita no quiere ni con los flamencos.

Copita, que oía los comentarios, se volvió hacia los que protestaban:

—¿Qué quieren ustedes que haga un torero con estos animalitos, si su dueño les echa de comer civiles con la harineta calá, er tricornio ladeao y er bigote tierno?

La señal del primer aviso alborotó más a la gente. Muchos pidieron que sin más trámite se llevaran los manes al toro al corral, mientras otros, cansados de gritar, se pusieron a arrojar alradas cuanto tenían a mano al desafortunado torero. Un furioso chaparrón de naranjas, almohadillas y botellas cayó al redondel.

—Manuel, que te han dao un aviso—advirtió a Carmona uno de los banderilleros.

—Pues asojetayme er toro por de lante que le voy a entrá a la media vuelta pa no darles el gusto de que se me quede vivo.

Y entre la cada vez mayor indignación de la multitud, Manuel Carmona, convencido de que no había modo de derribar al miura, acabó con el toro de un galletazo traicionero.

La bronca fué de las de fiesta solemne y Carmona elevó al graderío una mirada desdichosa. ¿De qué tendrían los pulmanes aquella gente?

Con interés y expectación la atestada plaza vió salir al otro miura, hermoso bruto que en el ruedo parecía aún mayor que en los corrales de Venta Antequera. Era el toro elegido por Carrito para realizar su hazaña.

—Deme usted eso—pidió Carrito a Copita.

—¿Ahora, niño? ¿Con ese pavo de auto?

—Pues por eso.

—¡Pues vaya que sea y que el Señor del Gran Poder te acompañe!

Y dándole la muleta y un cuchillo le vió encaminarse nerviosamente hacia el ruedo.

En tanto, Carmona y los demás toreros, medrosos ante la presencia formidable del bruto, no hicieron más que flamear de lejos los capotillos y antes de que el miura se les arrancase, saltaron precipitadamente la valla, resguardándose en el seguro del callejón.



Fué entonces cuando brotó en el ruedo, provisto de una muletillo, un "capitallista", un chavalillo que corría tras el toro, al que huían todos los toreros, llamándole con una voz añiñada para que se volviese a él.

Era un moxuelo desmedrado, débil, mal vestido, que se presentaba resuelto a ganarse la vida. Los espectadores, viéndole tan poquita cosa, tan insignificante, sintieron miedo e insultaron a los toreros, a los "quindillas" del callejón para que impidiesen el suicidio de aquella criatura perseguidora del toro.

—¿Pero no veis que es un chavalillo que lo va a coger?

Copita protestaba indignado contra la compasiva actitud del público.

—¡Callarse ya, madalenas!

—¿Pero no ve usted que es una criatura?

—Pero si la criatura tie ganas de storeo, dejarle que storeo.

¡Y vaya si tenía voluntad de torear el chiquillo! De prisa y decidido dirigiáase hacia el toro, pero le cortó el viaje uno de los peones de la cuadrilla.

—¿Dónde vas, criatura?

—No te acerques, que te doy—le dijo extrayendo de las pliegues de la muletillo un enorme cachillo.

La plaza quedó suspensa. No respiraba nadie. El chiquillo aprovechó la libertad en que le dejaban y se fué derecho al toro, con la muleta plegada en la mano izquierda y el enorme cachillo a manera de estoque en la derecha y cuando llegó a terreno convenien-

te se detuvo un momento frente al elegante de Miura.

—¡Vaya!—dijo Currito gritando con una vocecita añiñada y tranquila, que resonó en el profundo y emocionado silencio de la plaza.— ¡Por el señó Manuel Carmona, que es el torero más grande de España!

Y en seguida, irguiendo su débil figura, llamó la atención de su enemigo.

—¡Je! ¡Toro!

Se hizo en la plaza un silencio de miedo, escalofriante, al resonar de nuevo la voz:

—¡Je! ¡Toro! ¡Toro!

Un alarido de espanto se escapó de todos los pechos al ver cómo el toro arrancaba, imponente, contra el atrevido chavalillo.

—¡Lo mata!—exclamaron todos.

Mas antes de que pudiesen concluir la frase, un grito de alegría, un rugido de admiración y de triunfo, salió de todas las bocas:

—¡¡¡Ooooleé!!!

Currito había esperado tranquilamente el impetuoso ataque de la fiera y al llegar ésta burló graciosamente la embestida, con un preciso quiebro, y luego, con el aplomo y el dominio de un torero viejo, dando a su figurilla un ritmo y una gracia singulares, ofreció la roja tela al bruto y lentamente se la pasó toda por delante, con ese lance tan clásico, tan emocionante y tan bello que se denomina el pase natural.

Prodújose un entusiasmo grandioso. Se movió la plaza, se la vió moverse.



Nadie podía estarse quieto ni callado. Todos aplaudían y alborotaban.

—¡Ahora ha sido! ¡Ahora ha sido!—decía Garza al oír el rumor de creciente marea que surgía al exterior.

Y Copita, loco de alegría, congestionada la cara, gritaba hasta enronquecer:

—¡Ay qué terroré tengo!

Currito continuó haciendo verdaderas filigranas con la muleta hasta que unos guardias de aspecto bonachón se lo llevaron, mientras la plaza entera se levantaba impetuosa otra vez, obedeciendo unánime a un impulso de indignación. ¿Cómo se atrevía nadie a detener al héroe?

—¡Toma, valiente!—le dijo un señorito desde uno de los tendidos dándole un billete—. ¡Pa que te merques una cazadora!

Dió las gracias sonriente, y, sereno, dirigióse hacia el palco presidencial pidiendo humildemente perdón.

—¡Indurtaa! ¡Indurtaa!—decretó la plaza.

Y el presidente y los concejales que le acompañaban contestaron arrojando al chavalillo varias monedas.

Y cuando Currito, feliz, volvía camino de su localidad, al encuentro de Copita y entre ovaciones unánimes, Carmona, el gran torero, que había tenido una tarde desgraciada, le llamó:

—¡Oye, niño! Péstate luego por mi casa que te quiero agradecé er brindia. Me has hecho un gran quite.

Y le estrechó la mano en un apretón fuerte y cordial, al que Currito, gozo-

so y azorado, correspondió en silencio.

Copita le recibió con tal abrazo que a poco le ahoga. En un buen rato las lágrimas no dejaron hablar al veterano banderillero.

—¿Ve usted, señor Joaquín?—le dijo Currito—. ¿Se me ha dao bien, verdad?

—¡Como los ángeles, chiquillo, como Dios! Vámonos, que aquí no hay ya ná que hacer.

Y volviéndose a los espectadores que le rodeaban, exclamó orgulloso:

—¡A sujetarse la coleta, fenómenos, que ha salio un barbero con unas tijeras así mu grandes!

Al salir, tras improbos esfuerzos, encontraron a Garza que corrió jubilosamente a abrazarle.

—Superior, ¿verdad? ¿Han sido pa ti las parrnas?

—¡Pa mí han sido, Garzúlla! Se me ha dao superior, ¿verdad?

Y Copita dijo sentenciosamente:

—¡Colosalismo! ¡Fenómeno! ¡Ya no quedan parrmas en Sevilla pa nadie!

Y aquella noche la prensa sevillana lanzaba la noticia en grandes y rimbombantes títulos:

¡"El Liberal"! ¡"Unión"! ¡"Correo"! ¡Con la revista de toros! ¡Con la bronca de Carmona!

Currito y sus amigos se dirigieron hacia la Alameda de Hércules, donde tenían su morada.

El señor Joaquín, "Copita", llamó a su madre, una viejecita arrugada, pobre y limpio el atavío y en todo el porte la innata alegría de su país de sol.

—¡Agüela!—le dijo gozoso—. Un

escandalazo como no se ha visto otro.  
¡Vamos a ser ricos! ¿No se lo desea  
yo, madre? Como una reina en su trono  
no la voy a usted a poner.

La abuela no cabía de gozo.

—¿No le ha ¡man ná, Carrito? ¡Ben-  
dito sea el Señor del Gran Poder! De  
veras que me alegro y si tenía usted  
pa comé, más.

—¡Que si tenemos!—dijo Garzulla.

—Un millón para que coma lo que se  
le antoje.

Recogió la vieja el par de duros que  
aparatosamente le daba y replegó:

—¡True pa acá! Os estaba esperando  
como ar médico, porque tengo miedo  
que se me pare el estómago, aburrió  
de no hacer ná.

—Déle usted más dinero pa que se  
merque lo que quiera, un vestido, unas  
sarcillos de oro—propuso Carrito.

—¡Despazito, niño!—atajó Copita—  
Tálgase usted cuatro reales de pescado  
frito de ahí, de la Europa; una mijita  
de jamón serrano y una botellita de la  
hoja. ¡Por el aire, que tenemos prisa!

—Por el aire voy, hijo mío, que tengo  
más que prisa: debilidad.

Y mientras la vieja iba a comprar,  
Copita y sus amigos quedaron en el  
patio para hablar de aquel triunfo y  
de las probabilidades que se abrían  
para todos. Y bajo la noche sevillana,  
primaveral, tibia, perfumada de rosas,  
azahares y acacias en flor, unos hombres  
soñaban con la gloria...

## CAPITULO II

Vivía Carmona en un magnífico ca-

serón, decorado al estilo pintoresco de  
su dueña, lleno de manifestaciones ar-  
tísticas o de notas que ensombrecían  
la belleza del conjunto. Extraña con-  
fusión parecida a la de las gentes que  
le visitaban de todas categorías socia-  
les que rendían culto a su héroe tau-  
rino.

Carmona era fuerte de aspecto, de  
mediada edad, expresión enérgica, y  
tenía esa elegancia natural que es el  
sello de los grandes toreros. Orgulloso  
de su valer, tenía el más alto concepto  
de sí mismo y aunque bueno y recto  
en el fondo, obscurecía sus cualidades  
cierta, a veces, desajada soberbia.

La tarde de aquel día atargo se ha-  
llaba de tertulia en el patio acompaña-  
do de varios amigos, gente sincera y  
leal. Un oficial de Relatoria, de cara  
adusta, pocas y sentenciosas palabras;  
el marqués de Zahira, viejo y rumboso  
prómer; un pollito tímido que no acer-  
taba a decir nada por su cuenta, y el  
Catome, viejo banderillero de la cuadrilla  
de Carmona. Con ellos estaba tam-  
bién don Ismael Almaraz, canónigo de  
la Catedral de Sevilla, hombre de gran-  
de y bien cultivado entendimiento, ora-  
dor de altos vuelos, de palabra persua-  
siva y elegante.

Se comentaban las peripecias de la  
fidia de aquella tarde y Carmona se  
derreía, herido por la falta de consi-  
deración del público.

—Es que nadie se fija en el torero y  
con todos los toros no se puede hacer lo  
mismo.

—No se puede hacer lo mismo—apro-  
bó el pollito.

—¡Natural, señor! No se sabe ver toros—dijo el de la Audiencia.

El pollito agregó:

—No se sabe.

Carmona, orgulloso, proseguía:

—Porque uno no es un barracho que se ha tirado de la talanquera de sol.

El marqués de Zahira corroboró:

—El público en la plaza no se acuerda de historias ni de lo que se ha hecho en el otro toro.

—Yo no digo que me tengan que tocar siempre las parrizas—siguió Carmona—pero cuando se sale como yo salgo, con ganas de cumplir y de complacer, no hay motivo pa que le abronquen a uno de ese modo porque una vez sarga un toro que può más que uno. ¿Es que quieren verme la sangre? Pues eso no es de buen torero.

En tanto habían llamado a la cancela Copita, Currito de la Cruz y Garsuza. El primero conservaba su serenidad, las otras dos iban asustadas, con la timidez que les imponía encontrarse en la casa del maestro.

—¿Está el señor Manué?—dijo Copita a una criada vieja que salió a abrirles—. Nos ha dicho que viniéramos.

—Pasar ustedes. Esperar aquí.

Entraron y Copita, descubierto, dijo a sus amigos:

—Descubriro, bombres, qué va a pensar que no tenéis ustedes educación.

Tomaron asiento en uno de los bancos del patio viendo a lo lejos la tertulia que presidía el torero c6lebre. Hasta ellos llegaban algunos de los comentarios.

—¿Y así no me dice ná, don Ismael?—preguntaba Carmona al con6nigo.

—Las grandes broncas son para los grandes toreros, Manuel. Porque peor hubiera sido que te hubieran tratado como al Lunares, a quien apenas han silbado y ha estado cien veces peor que tú.

—Sí, es verdad. Si un día me hicieran a mí eso, me cortaba el pelo aquella misma tarde.

—Tiene razón, Almanzor. No hay que preocuparte, y adiós, Manuel—dijo el marqués, despidiéndose al ver gente que aguardaba.

—¡Con Dios, señor marqués!

Marcharon también el de la Audiencia y el pollito tímido, y Copita y sus amigos les vieron pasar y les observaron curiosos y admirados. ¿Lo que sabían aquellos señores!

Apenas se habían marchado, vieron presentarse en la galería una jovencita, la hija de Carmona, casi una niña y casi una mujer.

Al pronto Currito sólo vió unos fascinadores ojos negros, grandes y brillantes, luego unos labios gúrdamelos y rojos, un cabello negro como la endrina, unos pies diminutos que salían por debajo de la faldita, prisioneros en unas zapatillas blancas, y dos blancas manos que llevaban la bandeja con un servicio de chocolate. Todo ello acompañado por la deliciosa música de unas carrajadas cristalinas y de una alegre charla a la que prestaba encanto un gracioso cocon.

—¡José, qué permaxo! Creí que no



se largaban nimen y que me iban a tené en ayuno perpetuo a mi curita regañón.

Currito, con una extraña emoción, murmuró al oído al Gazuza:

—¡Chiquillo, qué mujé!

Rocío seguía mimando al canónigo.

—Aquí está er chocolate de S. E. el cardenal con sus picatostes tiernos, su agüita helá y su panalito pa endulzarla.

El canónigo sonrió burlonamente.

—¡Tielnos! ¡Mire usté que una señorita que dice tielnos!

Coloradita y enfurruñada, replicó la niña:

—Si digo tielnos, también digo barcón y estamos en pã.

—En paz... en paz.

—¿Pero es que se ha creído que la hija de un torero tiene que saber ayudar a misa como un monaguillo?

Apareció Teresa, la esposa del torero, mujer comunicativa, charlatana y bondadosa, que gustaba de hacer el bien.

—¡Que siempre habéis de estar ustedes como el perro y el gato! ¿Tú vé esta, Manué?

—Anda con él, presiosa, que aquí está tu padre—dijo el torero, complacido.

—¡a ver si escomensamos un degolladero de curas pa dar gusto a los del sol!

Copita, que conocía bien a la esposa del torero, al verla pasar la saludó muy fino, hecho una jalea.

—¡Buenas noches, Teresa!

—¡Hola, Joaquín!—contestó amable-

mente—. ¡Dichosos los ojos! ¿Y su madre? Hace un siglo que no viene a verme. ¿Cómo está?

—¿Cómo quiere usté que esté? Pasando fatiga por más que uno haga por impedirlo.

Carmona le llansó con el aire bondadoso que adquiría algunas veces:

—¿Qué traes tú?

—Yo vengo a traerle a usté el chaval de esta tarde, que es como si fuera hijo mío. Dize que lo ha mandado usté verí. Ven, Currito, ahí tién a tu torero.

Currita, tímido y callado, avanzó hacia el matador que siempre había sido su ídolo.

—Me has hecho un quite colosal. Estuviste muy güeno y muy valiente con er brindis. Yo te ví a correspondé como es de ley.

Currito, rompiendo su timidez, atemorizado él mismo de su valor en esta ocasión, se atrevió a decir:

—Es que yo no le eché er brindis pa que me correspondiera sino porque me salía de dentro.

—Razón de más para que te lo agradezca. Rocío, elige entre los vestios de torero que están en el armario, un vestido que te guste pa ese mose crío. Digo que te guste... porque estarle bien... ya va a tené tarea er anatre y a devoltrerle tela por las cornás.

Rocío le envolvió en la mirada de sus ojos inmensos.

—Viene ustó mañana a la hora que quiera que yo se lo tendré preparao.

—¡Muchas gracias!—balbució Currito, que no cabía en sí de gozo.



—Y tú, ¿de dónde eres?—le preguntó Carmona.

—De Sevilla.

La mujer del torero inquirió solícita:

—¿Tienes padres?

Currito bajó la cabeza y murmuró apenado:

—No, señor... Soy de la Cruz.

—¿De la Cruz!—exclamó compasiva, con femenina ternura, Rocio—. ¡Pobrecito! ¡De la Cruz!

Hubo tal compasivo afecto, tanta ternura en las palabras de la niña, que Currito sintió que algo se le metía en el alma, se acomodaba en ella, se apoderaba de ella, se posesionaba de todo su ser. Todo él tembló conmovido, dentro de sí. ¡Era aquello tan inesperado, tan nuevo, tan grato! Sintióse consolado por un confuso, inexplicable, dulcísimo gozo.

El padre Ismael le miró con una mirada curiosa y le dijo:

—¿Usted es Currito, el predilecto de mi sobrina, de Sor María del Amor Hermoso?

Currito se quedó de una pieza. Se encontraba nada menos que ante el tío de Sor María, capellán del hospicio, que iba muchas veces a verles y les contaba cuentos, hablándoles, tierno y conmovedor, de la Virgen y su Niño.

Rápidamente se arrodilló a los pies de don Ismael.

—Ya le había conocido, padre, pero por lo que usted más quiera no me denuncie pa que me lleven al hospicio. Dígala usted a la Madre que siempre me acuerda de ella, pero que no me quite de atorá, que yo quiero ser torero.

El padre lo miró con una sonrisa comprensiva de perdón, Carmona, sonriente, le preguntó, pensando que allí había madera de gran torero:

—¿Quieres ser torero pa tener un cortijo y un auto y pa que se gócrvan locas por ti las gachís?

Y como él negase, añadió:

—Entonces, ¿pa qué quieres tú sé torero?

—Por atorrá... Porque me gusta... ¡Por eso!

Carmona se puso serio y mirándole profético y solemne le tendió la mano:

—Tú serás torero, digo yo que serás torero. Rocio, ponte también un capotito.

—Un capote de torcá y otro de paseo, ¿no?—dijo Rocio, tierna y cariñosa.

—Bueno, pero conste que el capote de lujo te lo regala ella.

—¡Muchas gracias! —dijo Currito, que le parecía soñar y observaba a Copita que parecía estallar de satisfacción.

El padre Ismael no quiso ser menos y dio igualmente su parte.

—Hombre, completa ya el equipo con una muleta y un estoque.

—Y un par de banderillas de fuego, pa ustedes... mangones—rió el torero.

Rocio, suave, mirando a Currito con aquellos ojos que se le clavaban en el corazón, le preguntó:

—¿De qué color prefiere usted ir vestío?

El inclusero la miró con ternura.

—Del que a usted le parezca será el más bonito.

—¡Con Dió, Manuel y la compañía

y muchas gracias!—dijo Copita despidiéndose—, y que les coste que no sembréis vosotros en tierra ingrata. Teresa, salú, y que veáis esa divinidad de criatura sentá en un trono de reina. ¡Señores, qué criatura! ¡Una mujer que tiene más grandes los ojos que los pícal!

Don Ismael preguntó al chavalillo:

—¿No me dice nada para la hermano, Currito?

—Sí, señor. Que la quiero como si fuera mi madre de veras, que no he conocido otra. Que no la olvido y que la veo todas las noches.

—Se le dirá y que irá a verla pronto y a ver cómo seguimos arrojándonos como esta tarde.

—¡Seguirá! ¡Es un monstruo!—exclamó Copita.

—¡Un monstruo!—dijo Gazuza, que se había quedado apartado de allí.

Sallieron los tres con profunda emoción, especialmente Currito, que iba como desorientado, como bajo el poder de algo misterioso que diara a las cosas otra forma y a la vida otro modo de ser.

—¡Y qué digan de este hombre!—comentó Copita—. Hemos hecho nuestra suerte, chiquillo: ¡se acabaron las fatigas! Vamos a tomarnos unas cañitas que tengo en gañote como si hubiera terminado la semana del bacalao.

Marcharon hacia su casa, después de haber pasado por una taberna a tomar unas copitas de manzanilla. Currito, rendido por las emociones, se echó en su camastro. Quedó en dulce somnolencia, lejos de todo, con el alma ausente,

muy lejos, donde sonaba una música inefable, divina, que le iba arrullando amorosamente en la tibieza de la noche sevillana:

—¡Pobresito! ¡De la Cuna! ¡Pobresito!

• • •

Pasó la noche, buscando el sueño paado y reparador que llegó al fin como un amigo retrasado y bueno.

Aun en sueños oía las palabras compasivas de Rocío y se le imaginaba el meseniero del Hospicio, triste, con sus patios tristes, con sus dormitorios tristes, con sus niñas tristes. Y entre aquellas evocaciones desoladas, donde no había ilusión de libertad, sino de aduiter, hijos de nadie que no esperan a nadie y nadie los espera, surgía la bella figura de la monjita buena, que le miraba dulcemente con la mirada penetrante, llena de amor y de cariño, que se le entraba por el alma.

La abuela le despertó, borrando su sueño de tristeza y de emoción en que flotaba la línea delicada de Rocío.

—Currito, ávile, hijo! Ya es hora, anda, y no hagas caso de ese arborotao de Joaquín, que se volvió loco por er torero, y dejes lo mejor, porque te hayan tocado las parmas.

Porque Currito había conseguido pocos meses antes una plaza de peón y cuidaba de los jardines del Alcázar, con sus manos pacientes y finas, acostumbradas a las flores.

Aquel día, mundo terminó su obli-

gación, cogió las más diversas y hermosas flores y haciendo con ellas un ramo se dispuso a entregarlas a la señorita Rocio, a la que llevaba ya en el alma con esa fuerza inconsciente del amor que se siente sin manifestarse aún.

Añhelaba volver a ver a la señorita Rocio, porque ya más que los toros vivía en un primer término la simple figura de aquella mujer, criatura angelica y bondadosa.

Cuando llegó a casa de Rocio en compañía de Copita y puso en manos de la señorita el magnífico ramo, sintió una honda emoción, mientras la niña, alegremente, le decía:

—¡Jesú! ¡Qué ramo más precioso! ¡Parece un ramo pa la Virgen!

—¡Pa usted! ¡Casi es lo mismo!

—Muchas gracias, Currito, muchas gracias. ¡Es una preciosidad! ¡Qué bien huele! Se lo voy a poné a la Virgen pa que le dé mucha suerte a papá y le saque con bien en la corrida de esta tarde. Es usted muy amable, Currito. ¿De dónde son estas flores tan preciosas?

Copita intervino, bonachón:

—¿De dónde quiere usted que sean? Del jardín que cuida Currito de los Alcázares.

—¡Ah!, ¿pero usted sabe de cosas de jardín?—dijo mirándole cariñosamente.

—¡Cuánto me alegro! Tiene usted que venir un día a la saetas de casa pa que me enseñe usted unas cuantas macetas. Bueno, y aquí tiene usted el vestido de toruá, los capotes, la muleta, er esto que.

Currito recogió los objetos.

—Muchas gracias, señorita Rocio, y hasta mañana que vendré pa lo de las masetas, si usted quiere.

—¿No he de querer? ¡Sí, hasta mañana!

—¡Adiós, señorita!

Y desde el día siguiente, aquí unas semillas, otro unas flores, otros unos coquejes, mañana una planta rara y siempre al cuidado de las innumerables macetas de la niña, fueron pretextos para que Currito frecuentase la casa de Carmena.

Encontrábase a gusto al lado de la señorita Rocio, viéndola tan graciosa, tan alegre, tan buena y experimentando por ella un sentimiento, que él, humilde chaval, insignificante coaila, no se atrevía siquiera a pronunciar. ¡Estaba tan alta, tan alta como las estrellas!

—No, Currito, que eso no può decirle decía Copita—. Tú no può seguir siendo jardinero cuando eres el torero más grande de Sevilla.

—Yo no puedo dejar el jardín todavía, Copita. ¿Usted no ve que es un pretexto para acercarme a su vera?

—¿Y qué sacas con acercarte a su vera, vamos a ver?—le dijo disgustado por lo que creía unos amores que a nada útil podían conducirle.

—Lo primero, verla—continuó Currito con un desfallecimiento de felicidad en la voz, con la embriaguez del enamorado para quien la visión de la amada es lo primero del mundo—. Y luego, que, en lo que arreglo una maseta o planto un esqueje, me dejo caé con una



copla así, como ésta que la ha preparado:

—Vamo a vé.

*Me estoy puliendo las manos...  
Acariciando musquetas  
me estoy puliendo las manos,  
mientras pienso en mi morena  
porque la ilusión me hago  
de que la avasallo a ella.*

Copita le dejaba hacer, lamentando que no se entrase de una vez para siempre en el toreo formal. ¡Con la protección que iba a tener de Manuel Carmona! ¿Para cuándo la primera corrida?

Pero Currito, a quien una nueva ilusión acariciaba el alma, parecía no tener demasiada prisa por luchar. Y casi todos los días, con el pretexto de arreglar las flores, pasaba varias horas en casa de Carmona, sintiéndose feliz cuando Rocío conversaba con él, y él la oía, embobado, enamorado de ella.

Una mañana, Rocío le dijo avariciante mientras el torerillo abría unas ojos muy grandes de asombro y de asoramiento:

—Las flores se enamoran como las personas.

Y agregó con indiferencia, pero que a Currito le causó un hondo temblor:

—¿Usted no se ha enamorado nunca, Currito? Dices que es una cosa muy durse. Cuando yo me enamoro...

Fué tal el asoramiento del muchacho, que a punto estuvo de dejar caer en tierra la maceta.

—Pero, ¿qué hace usted, hombre de Dios? ¡Hay que ver qué asura!

Mas, en seguida, reponiéndose, toda confusa y avergonzada, siguió:

—¡Ay, usted dispense! ¿Pues no me pongo a reírle?... Ha sido un pronto mío. Usted dispense.

¡Ah, qué graciosa era aquella criatura! ¡Qué palabras tan melosas y dulces! Y el alma ansiosa de cariño del inclusero, se sentía dichosa junto a la sombira protectora de Rocío.

—¡Su mare! ¡Qué retrepresiosa!—le decía a Copita al anocheecer, a la hora de las confidencias del día—. Pues no me decía a mí, a mí que no soy nada, que le dispensara... pero si yo lo que quiero es que me tenga de zascandil todo día y todos los días... con lo retrepresiosísima que es, cuando se pone coloradita, con la boquita aquella...

Y al otro día volvía a casa de Carmona, sediento como siempre de cariño. A Rocío le hacía gracia el muchacho, al que apreciaba con una ternura fraternal, protectora, de hermana buena hacia el chavalillo insignificante. ¡Si ella adivinara las tempestades de amor que se fraguaban en el corazón del chaval!

Le hacía a veces la niña confidencias que dejaban en su corazón un vago sentimiento de tristeza y de desesperanza. Porque Currito bien sabía que aquella mujer—tan alta como la Virgen—jamás podría contemplarle con los ojos del querer.

—Cuando yo me case—decía—me gustaría tener una casita blanca, con una ventana verde y mucho jardín, y muchos bichitos, palomas, gallinas... A usted, Currito, ¿qué le gustaría?



—Pues a mí—y su voz vibraba de humildad—a mí... viví en esa casita junto auyo, fuese como fuese, y ser un bichito más que nató cuidara.

—¡Qué tonto!

Y los dos saltaron, infantilmente, una estrujada.

Currito, procurando disimular su turbación, indicó:

—¿Arreglamos esas mascotas, señor Rocio?

Horas juveniles, gratas e inolvidables. El perfume del amor hacía soñar imposibles a Currito. Rocio, en cambio, no veía en él más que un buen compañero, un muchacho bonísimo, al que era preciso proteger.

Currito era feliz. Y por eso negóse rotundamente a obedecer los requerimientos de Copita para que abandonase su plaza de jardinero.

—¡Dejar yo de jardinero!... ¡Primero me voy de los toros!

—¿Qué dices, atontao? ¡Dejar tú los toros!—murmuraba Gazuza que asistía a la conversación—. ¡Mira que prendo fuego a Sevilla!

—No tengas cuidado, que como me pinte bien, ¡ay, marisita de mi armal!

Anhelaba lanzarse al redondel en una verdadera corrida. Le parecía que el recuerdo de Rocio iba a ser un poderoso acicate para llegar a las cumbres del arte y de la valentía. Hasta que llegó el día en que le contrataron para una corrida.

Carmona se había interesado por él y así se lo decía a Copita, que andaba anheloso de que su ídolo demostrara

ya de una manera formal lo que valía.

—Ya sabes a quién tienes que agradecerlo. A don Ismael—decía Carmona señalando al sacerdote que estaba con ellos en el despacho del diestro—. Mañana en el Puerto de Santa María, una novillada con picadores, ganado de Parladó, con El Pinturas y El Trianero. Nā, no hay competencia.

—¡Don Ismael, muchas gracias! ¡Dios se lo pague! Menudo salto va a dar Currito cuando se lo diga.

—Que me digas la verdad, sin embustes. Yo toreo en Graná, conque suerte y a pensá en er debut aquí en la Maestranza.

Y Copita corrió a comunicar la buena nueva a Currito de la Cruz que pensó en Rocio como en su madrina que le diera la buena suerte.

Y allá fueron al Puerto de Santa María. Visitáronse en la modesta fonda de la localidad. Copita y Gazuza ayudaban a vestirse el traje de luces a Currito, que estaba sereno, alegre, dueño de sí mismo, con una abstinación ciega en su triunfo.

—Mucho más apretá—decía Copita ciñéndole el traje—. Y la montera mirando hacia la frente. ¡Así!

El coche aguardaba ya ante la puerta del hotel. Copita, que llevaba largos años sin torear y que volvía a hacerlo con Currito, no las tenía todas conigo, temeroso de que le fallara el valor a última hora.

—¡No lloves! ¡Por vida del!...—murmuró al salir.

Pero la corrida se deslizó normalmen-

za, entre ovaciones delirantes para Curríto que aparecía ante el público como un verdadero fenómeno que remozaba la fiesta, dándole un nuevo sabor, un aliento, un goce nuevo.

Del resultado de la corrida daba idea exacta el telegrama que Copita se apresuró a remitir tras haber hecho varios borradores:

*Manuel Carmona.*

*Hotel Pacía, Granada.*

*Toros, regulares. Caballos, siete. Por la gloria de mi padre, Curríto escudaluzo. Cuatro orejas, rabo, humbreas.*

*Isaquía.*

Y tras aquel triunfo vinieron otros en distintas poblaciones de la región. Y ya anunciaban su nombre en letras de imprenta, en los vistosas carteles de toros que se fijaban en las esquinas. Curríto adquiría categoría, se había ya de él como de una revolución.

Únicamente Copita y Gaxosa, que también actuaba como peón, cultivaban el miedo, sintiendo idénticos trastornos nerviosos cuando leían en los carteles el nombre de los miuras con que tendrían que habérselas.

—¡Miuras! ¿Has visto el mal ángel de empresario? ¡Mal tiro le peguro donde más le duela!

La víspera de una de las corridas, estuvo Curríto en casa de Carmona. Estaban allí el torero, su esposa, Rocío y el buen don Isaquía. Curríto había ido con sus dos peones. Iba sintiéndose más optimista que nunca. Estaba seguro de que Rocío le daba la buena suerte.

Copita se lamentaba de tener que torear a los miuras.

—¡Así tenga un lleno el empresario y le sarga farxa toa la monca!

—Bueno está ya. Los toreros se ven con los toros.

Ternaa animó a Curríto:

—A ver cómo salimos mañana.

Timidamente Curríto propuso a Rocío:

—Pídame usté los biyetes que quiera, señita Rosín.

La niña contuvo una risa burlona.

—Gracias, pero papá torea también y tengo que rezar. Le pondré dos velas para usté al Señor del Gran Podé y le rezaré tres Salve Regina a la Virgen del Rosío para que lo saque con bien.

—Pues pidiéndoselo usté al Señor y a la Santísima Virgen, ya me pueden echar la que quieran, que tengo que salir bien. ¡Gueno, quedarse con Dios!

Y cuando marcharon, Rocío dijo burlonamente a su madre:

—¡Ay, mamaita! ¡Que me parese que Curríto tiene mucho miedo!

—¡Pobre! ¡Es un buen muchacho!

—Pero tan poquita cosa, tan simpático...

Y estas palabras de compasiva ternura, habrían quizás herido para siempre el alma de Curríto que se sentía crecer hasta obtener las más grandes victorias para ofenderlas al amor callado, primero, de su corazón y de su vida: Rocío.

Y en la corrida en que se lidiaban los Miuras, Curríto derrochó un valor innato y ascendió a la categoría de hé-

tor. Para Copita, en cambio, más tarde, más apegado a la vida cada vez a medida que iba poniendo años, fué la bronca mayúscula que parecía hundir la plaza en una rebelión de protesta.

—¡Es que ese Copita está pa que lo fusilen!

—¿Pues y ese granuja de Casusa?

—¡Fuera! ¡Cobardes! ¡Granujas! ¡A cavá la tierra!

Mas por fortuna, Carrito hacía maravillas con el capote y se llevaba al público a su favor, que rugía con el entusiasmo creciente de las emociones populares.

Y llegada la hora de matar, realizó prodigios de valentía, de maravilloso arte, como mucho tiempo no se había visto. Y fué llevado en hombros al salir de la plaza mientras el público clamaba hasta entronquecer:

—¡Viva el amo! ¡El más grande!  
¡Viva Carrito!

Luego, en todas partes era comentado el éxito del fenómeno. Y en las tabernas donde se reunían las peñas de aficionados, se hablaba de aquel torerillo que conocía ya las muelas de la conagración.

—¿Te has fijao bien? ¡No había nadie en Sevilla que haya torreo como ese niño!

—¡Aquella larga cambiada del tres!

—Pues, ¿y la media verónica del cuatro?

—Tiene mucho del José y del Guerra juntos.

—¿Qué dirá ahora "Romerita"?

—Ese se ha acabaó pa siempre. ¡Al lao de Carrito es una máscara!

Carrito no era ingrato y lo primerito que hizo a la mañana siguiente fué dirigirse al Hospicio para ver a Sor María del Amor Hermoso, la buena Madre de la que había huido de su lado, con cierto sentimiento de ingratitud.

Había ordenado llevasen al convento juguetes, golosinas, un carro repleto para los niños del hospicio, sus hermanos. Y cuando llegó al asilo y vió a Sor María del Amor Hermoso corrió hacia ella, dominado por una intensísima emoción, al verse ante aquella mujer que le había tratado con cariño de madre, al verse otra vez entre aquellos muros que le recordaban sus tiempos.

—¡Madre! ¡Perdón! ¿Verdá que me perdona usté, Madre?—gritaba—. Ya soy hombre! ¿Ya soy torero! ¡He salío ayer en Sevilla! ¡Me han dao una oreja! ¡Aquí tle usté, madre, pa los chavales, mis hermanos! ¡Y esto pa usté, madre! Mi dinero pa usté. ¿Verdá que usté me perdona?

Sor María del Amor Hermosa, pálida y trémula, no pudo hablar. Se sintió desfallecer. Y en su angustia, los brazos y el alma se le fueron hacia el torerillo. Pudo más el corazón que la Regla. No se contuvo y le estrechó fuertemente, ansiosamente, contra el pecho, y cuando se recobró un poco, elevó al cielo los ojos agradecidos, empañados de lágrimas y rezó con una vococita débil:

—Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia...



## CAPITULO III

Toda Sevilla vibraba al impulso del héroe. Le sacaban coplas, pasodobles castizos le dedicaban sus alegres estrofas. Cantaban los elegos en sus orquestas callejeras y los criadas en sus tarteras de servir, y los limpiabotas, y las modistillas, y la ciudad entera vibrante de clamor por el torero nuevo, juvenil, artista, que iba a ser un nuevo semidiós en los redondeles... Periódicos, revistas, dibujos, hasta propaganda comercial llevaban su nombre como una garantía de éxito.

La actualidad periodística se apoderó de Currito; apareció su retrato en los periódicos *Ilustrados* y en los que no lo son. Se escribieron infinidad de historias suyas hasta que se descubrió la verdadera y aumentó su prestigio en el público impresionable y sentimental.

Pero la afición que se apoya en la competencia y tiene en ella su mejor acicate, pronto se dividió en bandos y los partidarios de Angel Romero "Romerita", otro nuevo torero de moda, formaron legión, con sus órganos periodísticos que le alababan y le ponían en contraposición con Currito. Romerita era de mejor figura que Currito. Alto, fuerte, vigoroso, parecía recordar a Camorra en su estampa bella, enérgica y varonil.

Cierta mañana la señorita Rocio estaba contemplando en una revista gráfica la fotografía de Romerita: "El torero del día". Su espíritu femenino, algo romántico, tierno y bello, la inclinaba

a contemplar con simpatía, quizás con cierta atracción sentimental al diestro de la noble figura, todo un hombre, cuya edificación parecía contrastar con la débil y desmadrada de Currito. Este tenía como un encogimiento de toda su persona que respondía a la timidez de su espíritu.

Nunca se le ocurrió a Rocio pensar que Currito de la Cruz, el pobre, tan insignificante, pudiera ser algo más que un simple amigo. En cambio, sin haber hablado apenas con Romerita se sentía atraída hacia él, por su noble prestancia y aquella mirada de ojos negros que tenían un brillo de vencedor.

Currito entró en aquel momento por la cancela y ella ocultó rápidamente el periódico.

Ambos parecían haber cambiado. Rocio se había transformado en una hermosa mujer: ya no era la crisálida; tenía alas y volaba. Currito, a pesar de su vestido nuevo, de la pedrería de sus botanaduras y sortijas, no lograba encubrir con ello la humildad que toda su persona respiraba. Y sin embargo, era su andar noble y señorial, netamente andaluz, en que, sin perder su noble gravedad, se desvanecía la rigidez del empaque con la gracia de un noble con tono.

También las cosas parecían haber cambiado. No existía entre los dos la infantil y alegre confianza de antes; substituida por una superioridad protectora en Rocio y un respeto cada vez mayor, de enamorado tímido, en Currito.

—Buenas tardes, señorita Rosío. ¿Cómo le va?

—Muy bien, ¿y usted, Currito?—contestó, sonriente.

Nostálgico de los momentos de antes, el torerillo le preguntó:

—¿Y esas flores, señorita Rosío? ¿Arreglamos esas masetas?

—En seguida iba a consentir que Currito de la Cruz ensuciara las manos que traen arborotá a Sevilla—contestó coqueteando.

—Pues si no quiere usted verme las manos sucias de tierra, tiene usted que vérmelas manchadas de sangre de toro, que le voy a brindar a usted uno que la Giralda se va a sorber en Guadalupe.

—¿A mí?

Currito tuvo en la punta de la lengua su secreto, pero no se atrevió a decirlo y respondió con vehemencia:

—¿No es usted como aquel que dice, mi madrina? Usted es vestío, usted es capote, usted le ha hablado por mí a su padre, y yo le tengo que brindar a usted un toro porque sí, ¡ea!

—¡Uy! Eso va a ser muy difícil porque mi papá no quiere llevarme nunca a los toros.

Carmona, que había entrado acompañado de don Ismael, dijo al oír las palabras de su hija:

—Ni habla de eso. Ná de calles ni de pindongo ni de plazas de toros.

Era poco amigo de las exhibiciones familiares, con ciertos resabios morunos.

—Pero, papá...

—Las niñas en casita a cosé con su mamá.

Y Currito tuvo que conformarse con que Rosío no asistiera a su nueva corrida donde realizó una faena extraordinaria, bajo la alegría de las palmas y los airosos pasodobles con que saludaban su arte. ¡Ah, si hubiera estado allí Rosío! Entonces su valentía habría llegado a la divina locura de los amantes que desafían la muerte por el amor.

Y también en otra plaza de toros había obtenido un buen triunfo Romerita, el gran torero, que había tomado ya la alternativa y aparecía como el rival más directo de Carmona. Apoyado por una buena prensa adicta, se le hacía considerable cartel poniéndole a una altura extraordinaria.

Carmona leía con el padre Ismael el relato de la corrida de Romerita y la sátira que el periódico se atrevía a lanzar contra el veterano Carmona a quien nadie se le había puesto por delante.

—Y a Carmona le ha salido un verdadero rival desde que Romerita tomó la alternativa. Al torero científico del gran artífice sevillano opone Romerita el suyo, que hace vibrar las plazas de entusiasmo.

Carmona hizo un gesto despectivo.

—Vámonos, compararme a mí con esa visión, la máscara esa...

Y al cabo de unos momentos agregó:

—Si ese eslaborio de Currito quisiera... él solo se bastaba para acabar con él en un decís Jesús.

Se sentía protector de Currito y quería a ese buen muchacho, tan poquita cosa, pero que tenía en el corazón la sangre limpia de los verdaderos toreros. Anhelaba que pudiera torrear, mane

a mano, con Romerita. El, Carmona, era ya veterano; no podía acaso competir con agilidad, viveza, modernidad, con Romerita... pero ¿qué no iba a poder hacer Currito, que estaba ungido por la gracia de la más perfecta valentía?

Y el mozo de estoques de Carmona se cuidó de avisar a Curro y a Copita de que el amo les esperaba en casa.

—Buena. Está bien, y dile al señor Manuel que irá Currito en cuanto pueda y que muchos recuerdos—indicó Copita.

—Con Dios.

Pero Currito, al quedar a solas con su compañero, pareció protestar.

Con verdadero asoramiento Currito, con su inseparable Copita, llegó a la presencia de Carmona, que le dijo, campechano:

—Vamos a vé. ¿Tú te has echao la cuenta de quedarte de novillero toa la vida? ¿No?

—Señor Carmona, yo...

Y los ojos le brillaban de aquel fuego interior del arte sentido, adorado, que subyuga.

—Buena está. Pues dentro de quince días te doy la alternativa en Madrid, ya está tratado con el representante de la empresa. Esas permisos quién echarme a pelea con Romerita y yo te lo voy a echá a ti a que te lo janes.

Rocío llegóse a ellos con aquella conciencia angelical que trastornaba al torero haciéndole pensar en la gloria.

—Enhorabuena, Currito. No se quejará usté. A ver si ese día nos pone usté un parte colosal.

—Sí, señorita Rocío. Haré lo que pueda... y más.

—Hay que quedar mejor que nunca.

—Sí, señorita—respondió mirándola dulcemente, lleno el pecho de esperanza, de ilusiones y de amor.

¡A conquistar el mundo! Si tuviese el amor, ¿sería su dueño?

\*\*\*

Efectuaban los preparativos para la rápida marcha a Madrid. Copita y Gaxuza arreglaban el equipaje. El veterano, mirando con cierto aire compasivo a su compañero, le dijo:

—Ná, que no paé ser. Que no los quieres ni ver, y así no podemos seguir.

—Pues si a tíos los que jayen de los toros los fueran a echá, qué poquitos iban a quedar. Usté, desde luego, na. Pero, haeon. Como no me puedo apartar de ustedes, sére al mozo de espáñ de Curro.

Copita, aludido por su amigo, quiso darle la razón y no insistió en su deseo de abandonarle.

—¿Un abrazo! ¡Olé, siempre juntos! ¡Los tres jinetes del Apocalipsis!

Llegaron los tres a Madrid. Se acomodaron a la ventanilla del tren contemplando la vista de la capital que iba a ser para Currito la ruta definitiva de su existencia. Subiendo a un auto de alquiler se hicieron conducir a un hotel céntrico, admirando durante el trayecto las grandes edificaciones que han dado a Madrid un sello soberbio de modernidad.



Luz dominguera. El pueblo rebosante de júbilo iba hacia la plaza para asistir a la alternativa del torero. La plaza estaba rebosante, con esa alegría, tan propia, tan suya, tan original, del pueblo matileño. Ningún buen aficionado se dejaba perder aquella colosal corrida. Había algunos que tenían que realizar sobrehumanos esfuerzos económicos para llegar en momento hábil.

Cierto aficionado, hombre de la clase artesana, que antes hubiera dejado de comer que perder una fiesta de toros, buscaba afanosamente por su cuarto el botón de la camisa que se le había caído... ¡Y el tiempo avanzaba. Señor, a íban a perder el primer toro!

—¡Julina! ¡Julina!—decía a su mujer— ¡Maldita sea! Se me acaba de caer el botón de aquí y no hay medio de encontrarlo. No voy a llegar.

Los esposos se arrodillaron buscando por el suelo el famoso botón.

—Pero, ¿cómo puede ser esto en un sitio tan pequeño? ¿Estás seguro de que se te ha caído aquí?

—Naturalmente, ¿o dónde crees que me estaba vistiendo? ¿En la Puentevilla? ¡Maldita sea! ¡Las cueros! ¡Né, que no llego! Pero, ¿no lo ves por ahí?

El cogió un bastón y al rebañar por debajo de una cómoda aparecieron una porción de botones. Furioso amenazó a la cónyuge mientras ésta exclamaba cómicamente:

—Pues ya harro casi todos los días.

La corrida empezó puntualmente. Sombra y sol estaban abarrotados. Había ganas de aplaudir, de que se que-

dara bien y el público se sentía propicio a la emoción.

Entre los aplausos del público, Manuel Carmona, orgulloso de lo que hacía, dió la alternativa a Currito de la Cruz.

—Toma y que sea enhorabuena y a ver cómo le das el baño a ese máscara de Ramerita—le dijo tocado de su obsesión contra el torero rival.

—¡Muchas gracias, señor Manuel! ¡Vaya por usted!

Le dió los útiles de matar, y Currito de la Cruz, lleno de energía, de serenidad, de valor, evocando mentalmente a Rocío, hada madrina de su buena suerte, se dirigió al toro, un soberbio bicho de malas bromas que parecía dispuesto a no dejarse batir.

La expectación era extraordinaria en los tendidos y graderías.

—Vámos a ver lo que pasa con tanto postío—dijo uno de los espectadores con cara de pocos amigos.

—Bien pronto lo vamos a ver—respondió un aficionado conocido en los medios taurinos por "El Pollo Tísico", muchacho que se consideraba feliz al lograr la amistad de los toreros.

El otro espectador seguía burlándose de Currito que realizaba ante el toro una de sus más prodigiosas faenas.

—¡Con la izquierda, nene, con la izquierda! ¡A que no!

—¡A que sí! ¡Mírela usted!

Y el público, enloquecido por los paseos maravillosos del que había tomado la alternativa, gritaba:

—¡Olé! ¡Olé! ¡Olé!

Pero el intrínseco espectador movió negativamente la cabeza expresando sus dudas.

—¡Todas las martingalas de los viejos y nada de los nuevos! ¡Con la izquierda, nene!

—Con la que sea, éste viene esta tarde por ésta.

Y el pollo se agarró convulso a la oreja del vecino de localidad.

—¡Y usted, por ésta!

Y le largó la más sonora bofetada que se oyó en la plaza, provocándose un formidable escándalo, obligando a unas guardias a expulsar del tendido a los dos interruptores.

El pollo protestaba con vehemencia.

—¡Por su salud de usted, guardia, méteme usted luego en capilla y lláme al verdugo, pero ahora déjeme ver lo que hace mi niño! ¡Pégumelo usted un tiro luego, pero no me saque de aquí hasta que mate a toros!

—Vamos, guardia, vamos, que ya no quiero ver visiones—clamaba el otro espectador.

—¿Visiones? ¡Aquí no hay más visión que usted! ¡Mire usted qué pase, guardia! ¡Olé! ¡Torero, por ti voy a un presidio!

Y lo sacaron de allí mientras la plaza se hundía, se estremecía al impulso de un aplauso unánime y decidido.

Currito mató limpiamente, como los mejores, y le concedieron la oreja y fué llevado en volandas por una multitud entusiasta.

Carmona estaba loco de alegría. ¡Bien por Currito! Este iba a debankarles a

todos, de modo particular a aquel Roquerito que no cesaba, en sus declaraciones y testallas, de mortificar a Carmona presentándolo ya como un torero decadente, de escuela vieja y anticuada.

Currito logró por fin sustraerse al entusiasmo creciente de aquella marea humana y tomando un automóvil pudo marchar hacia la fonda adonde acudió un tropel de aficionados, de amigos que le juraban eterna amistad, de aduladores que surgían como hongos con la lluvia benéfica del éxito y de la gloria.

—¡El amo! ¡El amo!

—¡El más grande! ¡El papa!

—¡Sé favó, hombre, sé favó!—decía Gazusa pretendiendo apartar a aquella legión de entusiastas.

“El Pollo Tísico”, puesto ya en libertad, se abrió paso decidido para ir al encuentro del héroe.

—¡Déjame, que no he podido verle! ¡Maldita sea mi suerte!

Y al encontrarse ante Curro, exclamó:

—¡Un abrazo a tu hermano, Curro! ¡Eres el más grande, eres el amo de España! ¡El as de los ases!

Pero Copita, que estaba al acecho y conocía lo pegajoso que era aquel aficionado andaluz, le cogió por un brazo y le apartó de allí.

—¡Ahora mismito te largas a Sevilla!

—¡Para, hombre, para! Que no parece sino que todos os habéis puesto de acuerdo para no dejarme gozar de este día, que es el mejor de mi vida. En

la plaza, los guardias, y ahora tú. Pero, ¿me voy a ir cuando está así Madrid de arborotas con esa criatura?

—Hay que hablar a la gente y calcularla pa cuando el niño llegue. ¿Comprende vous?

—Ni una parole de plus.

—Pues a píraraslas y a ver cómo se torca.

—¡Ya verás! ¡Como los ángeles! Mejor! ¡Como Currito!

Y marchó de allí dejando a Currito entre una nube de verdaderos admiradores que no le dejaban en paz.

Pero Currito tenía la imaginación puesta en una casa de Sevilla, en una bella mujer de cabello como la endrina y ojos de maravillosa negrura, y suspiraba en la seguridad de conquistarla con su arte.

—¡Si ella me viera! ¡Si yo torease delante suyo!

#### CAPITULO IV

Era una de aquellas mañanas en que todo es luz y alegría. El cortijo, blanco, de intensa blancura, alzábase en medio de una vasta y verde llanura, cuyo límite remoto parecía ser el cielo.

Numerosos invitados—aquella era la fiesta del marqués de Zahira—asistían a la operación de enchiquerar las becerras. Varios caballistas a la andaluz perseguían a los bichos que avanzaban desorientados hacia el corral.

Entre los invitados estaban Rocio, su padre, Currito, Ilomezita y otros aficionados.

Realizada ya la operación de enchiquerar las becerras, había llegado el momento de lidiarlas. En las graderías se habían sentado las mujeres viendo cómo Carmona, Currito, Copita y otros diestros torcaban las becerras.

Currito fué, como de costumbre, el héroe de la función taurina. Ganoso de hacerse notar y aplaudir, él llevó el peso de la faena y toreó de capa y muleta a casi todas las becerras. No se cansaba de torrear. Parecía imposible tanta resistencia en cuerpo sin demasiada fortaleza. Es mucho milagro el del querer.

Carmona apenas si se dignó dar de tarde en tarde unos lances como cate-drático que no quiere achicar a sus discípulos, interviniendo sólo en los casos difíciles, para enseñar. La concurrencia no se cansaba de jalar a Currito. El público femenino era el más entusiasmado.

—¡Qué bien torca ese hombre!—le dijo a Rocio una amiga.

—¡Pobre!—respondió la hija de Carmona—. Si no fuera tan senilicante...

—Mujer, no es tanto. Poquita cosa sí que es, pero delante del toro se pone muy bonito.

—¡Qué exagerada eres!

—Pues por Sevilla se dice...—añadió la muchacha con una mirada picaresca.

Herida en su orgullo, contestó Rocio con crueldad, no queriendo que nadie pudiera suponerla interesada por uno de la Cuna:

—¡Quita, mujer! ¡Un inclusero!

—A mí no me gustan los toreros pa-



re novios—saltó otra muchacha—, pero si tuviese que elegir uno, elegiría a Romerita. ¡Ese sí que es simpático y gracioso!

—¿Verdad que sí? —asintió Rocío, volviéndose con presteza a su amiga.

Romerita, que había estado mariposeando entre las muchachas como quien nada tenía que aprender abajo, se acercó a la hija de Carmona y poniéndola una mano en una silla desocupada junto a la de ella, preguntó, desculándose con la mayor cortesía:

—¿Da licencia su real majestá pa que se siente a su vera un pobrecito?

Rocío, enrojeciendo, pues aquel hombre la atraía con un poder misterioso de fascinación, le respondió:

—Jesús, hijo, las sillas son para todos.

—Oiga usté, mare, ¿y me puedo sentar aquí mismo, a la vera suya?

—¿Por qué no? Yo no me como a nadie.

—Pero tiene usté unos ojos que debieron meterlos presos pa que no hicieran más muertes.

—No sabía ya que tuviese usté afición de carcelero.

—De usté, sí, que es usté una requetepresiosa y una requetesaladísima.

—Pues... requetemuchísimas gracias.

Y rieron y se animó más la conversación y ella clavó en el torero aquellos ojares negros, complacidos y escrutadores, y se puso seria repentinamente y volvió luego a reír, mientras Currillo, abajo, venga torrear y torrear, feliz, sintiéndose centro de todas las miradas y

todas las palmas, atento sólo a esta, sin ver nada, porque Rocío con disimulo femenino, mezclaba también sus aplausos a los de todos y Currillo creía que ella sólo tenía ojos y alma para él.

\*\*\*

Por la noche hubo su rito de fiesta flamenco. Surgieron en el patio las botas de cañas para las áurcas montañesas; rasguearon las guitarras de los mejores tocadores sevillanos, sonó la alegría de las palmas y de los palillos y se oyeron con emoción las hipias del cantante jondo.

En uno de los grupos se hallaba el marqués de Zahira con Rocío y su padre, y Currillo.

Romerita con otros amigos contemplaba avizoramente a Rocío por la que se había despertado en su corazón una pasión poderosa, casi malsana, de conseguir el amor de aquella virgen de cara morena sensual y magnífica.

Currillo estaba con el alma presa de emoción y sintiéndose cada vez más enamorado de aquella reina de sus devotos sentires.

Terminado el baile de sevillanas, el marqués de Zahira puso en el gramófono una pieza de hallable moderno pa'ra que las parejas se pudieran despaolar a su gusto.

Romerita, Jaquetón y valicote, seguro de ser correspondido, avanzó hacia Rocío y le dijo con presunción:

—¿Quiere usté bailar, niña?

De buena gana hubiera aceptado Ro-



—No olvidaré en mi vida lo que has hecho esta noche.



—Que somos tres duros quizás, Carrito. En ningún caso nos quieren.



—¿Verdó que me perdona usted, Madre?



Toda Sevilla vibra  
al impulso del héroe





Por la noche hubo su ratito de fiesta flamenca.



—Lo de la reina no es cierto, pero lo otro, sí.



—Te he dicho ya que si una sola palabra quiero que cambies  
con ese asabaria!



A la reja de Rodó estaba un hombre.



—¡Hacía tanto tiempo que nadie me hablaba con cariño!



—¡Dios querido que esto no sea nada!





—Le guardaré ese dinero hasta que esté vuelto, que volverá sano y salvo.



—El Señor le oiga misericordioso en su sano!



...en su frente parecían leerse las interrogaciones que la inquietaban...



Era un impresionante desfile de fantasmas.



...rompió el silencio una trémula voz de mujer...



—¡No llores, hijo! ¡Veni! El Señor oye todo lo que piden los corazones arrepentidos!



cía, pues el torero le agradaba de veras, pero mitó a su padre y vió en ésta reflejada una silenciosa censura. Sonriente replicó, comprendiendo la enemiga de su padre contra el torero que casi le había insultado:

—No puedo bailar, gracias.

La negativa pareció devolver la vida a Carrito que sufrió en aquel momento por toda una vida de celos y de amor mal pagado.

El presumido Romerita quedóse corrido, pero haciéndose prontamente cargo, sonrióse y se conformó:

—Tiene usted razón. La reina está muerta en su trono pa un pobresito torero como yo.

Y alejose, mientras Carmona murmuraba a las que estaban cerca de él:

—Lo de reina no es cierto, pero lo otro sí.

E impaciente y disgustado por el atrevimiento de Romerita, anunció que se retiraba con su hija a descansar.

—Señor marqués, con su permiso me retiro, porque mañana tengo faena y quisiera tener el brazo fuerte.

—Pero, hombre de Dios, ahora que está esto en lo mejor...

—Ya sabe usted que soy esclavo de mi oficio.

Romerita, que cantaba bien y deseaba hacerse admirar de Rocio, se volvió hacia ella sorprendido.

—¿Pero se va usted sin oírme una coplilla que le vi a echá a usted?

—Sí, señor—contestó agrinamente Carmona—: se va sin oírle a usted. ¡Qué pena!

Y subió, gruñendo, la escalera, camino de su habitación:

—Er grifo sebovero ese...

Ella le siguió de malísimo humor, envolviendo en una mirada a Romerita y luego a Carrito que aparecía cohibido y asustado.

Y ya en la habitación que le habían destinado a Carmona, éste censuró duramente a su hija:

—¿Te he dicho ya que ni una sola palabra quiero que cambies con ese esahorio! ¿Pues, home, estaría bonito!

La niña intentó disculparse.

—Pero, papá, si me habla delante de gente, ¿cómo quiero usted que no le conteste, pa que luego digan que no tengo educación?

—Pues ya ha hablao usted pa los restos, ¿Te enteras? ¿Pa los restos!

Rocio, disgustada, se metió en su cuarto, el contiguo al del padre, y aun oyó como continuaba murmurando injurias contra el rival odiado cuya voz vibrante llevó a la alcoba de la niña el eco de una malagueña intencionada.

*Arma tu gente una bulla  
pa que mi querer se acabe.  
No se saldrán con la suya,  
¡Por la gloria de mi mare!*

Rocio la escuchó con emoción mientras Carmona seguía protestando furiosamente:

—¡Ojalá se ahogaran todos! ¡Mía tã con la que sale ahora er Gayarre ese! Y tú, niña, es la última vez que vienes a una fiesta de ésta. ¡Tú eres de otra clase! Pues está buena mi niña con las

proporcionas que lo salen. Un sinvergüenza y un cunero. Pero, ¿quién es había figurado que es mi niña?

Y Rocío, en su cuarto, sin tener que disimular sus sentimientos, dejábase acariciar por el canto lejano:

*Tú me tienes que querer  
Que entre tu cuerpo y el mío  
nadie se puede meter.*

Y la joven quedó prendida en el romanticismo de aquella lejana voz que hablaba de amor y de ensueño.

\*\*\*

Había en Currito una delicadeza, una nobleza espiritual que denotaba la distinción de su cuna. Currito no olvidaba a la monja buena, encantadora, de tocas blancas como su pálida tez de azucena, graciosa y fina. Y volvió al Asilo a verla y la entregó dinero, el ganado con su arte, tan reconocido por la fama.

—¡Tome usted, madre, pa los chavos!

Sar María del Amor Hermoso quedó contemplando con emoción a aquel muchacho que vestía con elegancia y tenía en los ojos siempre melancólicos una lucecilla de triunfador. ¡Si fuese él, el soñado, el que le arrebataron una noche y del que sólo creía adivinar que había sido depositado en la Cuna!

¡Ah! ¿Por qué no había de ser su hijo? Pero incapaz de averiguar esa inmensa verdad, se contentaba con amar extraordinariamente a Currito de la Cruz, haciéndose la ilusión de que era

el hijo amado y perdido para siempre. ¡Ah, si alguien hubiera podido hacer la luz en aquel corazón! Pero el padre había muerto llevándose su secreto al más allá. ¿Cómo saber?

—Para tus hermanos—le dijo bondadosamente la madre, recogiendo los billetes.

—Sí, señora; mis hermanos, que no quiero yo que diga nadie que mi familia pasa hambre.

—Pero, hijo mío, que me das mucho y puede hacerte falta.

—Más se merece usted que ha sido tan buena conmigo. Como me sarga bien lo que yo quiero, me la vi a yevá a usted conmigo y va naté a viví mejor que una reina en su palacio.

—Eso no puede ser—decía, gozosa de verlo querida de aquel modo.

—¿No ha de poder ser? ¡Yo tengo amigos que hablarán a toos lo que hagan falta! ¡Usted no sabe la influencia que tiene un torero!

—¿Par qué no te retiras?—le dijo, mirándole con dulce amor—. Tú no sabes lo que sufre los días de corrida hasta que me traen el parte.

—¿Retirarme? ¡No, Madre, que aun me queda mucha tela! ¡Si usted supiera! Me ha dicho una gitana... No se persigne usted ni se ría, que tengo una estreñita mu buena. ¡Estoy más contento!

Y se marchaba del Asilo dejando a la monja bajo la delirio de una maternidad exocénica que se cifraba en aquel muchacho... que acaso... acaso fuera su hijo. ¿Por qué no podía serlo? ¡Ah, esa enigma, esa eterna oscuridad! Pero,

había que inclinarse a la voluntad de Dios y amarla a aquel chico como si realmente fuera el hijo que le quitaron.

Pero la estrellita buena de Currito se eclipsó de pronto y le pareció que el cielo y su alma se oscurecían.

A la reja de Rocío estaba un hombre. Currito había pasado—enamorado platónico—por la calle de ella como todas las noches...

La calle había estado siempre desierta, siempre tranquila y siempre silenciosa. Silenciosa... hasta aquella noche.

Incrustado en la reja había un hombre que hablaba con Rocío, que le rubaba a él, a Currito, su dicha. Le pareció que el mundo temblaba. Oyó palabras varoniles, alegres, y una risa de mujer celebrando los requiebros del galán.

Romerita, que éste era el rondador, con el sombrero cordobés echado hacia atrás y el aire alegre y satisfecho, se separó al fin de la reja y emprendió camino calle abajo. A punto estuvo Currito de salirle al paso, pero le dejó marchar, convencido de la inutilidad de su protesta.

Desesperado comenzó a andar por aquellas solitarias y revueltas callejas tropezando, ciego, con los escasos transeúntes.

Sentía un agudo dolor en el alma, una sensación de aplastamiento, de vencimiento definitivo; la puñalada homicida de un desengaño inesperado: de una traición cruel; el desplome de su vida. ¡Solo para siempre, inclusero!

Una voz parecía sonar detrás de él como si le persiguiera:

—¿Quién te va a queré, encero, si eres de la Cruz? ¿Quién te va a queré?

En su corazón sonaba el cristal de la risa de Rocío que tenía el eco triste de un clamor fúnebre. Ambulaba como un loco, la cabeza estallándole y el corazón hecho pedazos, sintiéndose más abandonado que nunca. ¡Se acabó el mundo!

Ella no le quería, ella, probablemente, no se había siquiera fijado en la pasión que había despertado en el mozo. ¡Las sonrisas, las ternuras, las caricias de ella, para Romerita, aquel odiado mozo pinturero que iba con un clavel en el ojal, contento y feliz de sentirse amado por Rocío!

¡Ah, no era nadie, nadie, y furioso contra sí mismo, con una sensación de inmensa soledad, continuó calle abajo, tambaleándose como un borracho y causando la extrañeza de las gentes!

Y desde aquel día se acabó Currito. Como un autómatas le llevaban a torear aquí y allí. Salía a la fuerza; permanecía inactivo durante la corrida con una apatía indignante. La hora de matar era la de la catástrofe. No sentía siquiera el panderón, la honrilla clásica del torero. Era como un muerto que sólo por un milagro se mantuviera de pie. Y de plaza en plaza crecía la indignación contra el torero que permanecía insensible a ella, ausente de todo, sin otro recuerdo que el amor perdido, herida abierta para siempre.

Y la prensa venía llena de noticias como ésta que significaban el fin de su carrera:

*Brunca a Currito de la Cruz. Currito*



to de la Cruz sale de la plaza protegido por la Guardia civil.

Esto es lo que queda de Carrito de la Cruz, un muñeco del que todos los públicos de España hacen burla, convirtiéndolo la fiesta en una mascarada trágica, donde todos también se disputan al pelele para mantenerlo.

Copita estaba desesperado.

—Pero, ¿qué te pasa? ¡Mardita sea mi sangre!

—¡Naf! ¡Que estoy jarto der toreo y no quiero más toros!

La pendiente en que se deslizaba era rápida, acabando en verdaderos desastres. Llegó a no querer matar el toro y le encerraron en las cárceles de pueblos, perdido ya todo sentimiento de propia estimación. ¡Cómo había caído aquel hombre! ¡Con qué verticalidad se hundía para desaparecer para siempre!

¡Ah, la tragedia de aquel amor sin esperanza! Había soñado en tener aquel cariño, en alcanzar aquel querer y todo de pronto se derrumbaba, como un castillo de arena y se veía abandonado al frío y a la hosquedad de los que no despiertan amor!

Desdeñado de todos, se recluyó en su cuna, pasando los días, obscurecido y silencioso, huyendo de todo el mundo.

—¡Várgame ex Cristo der Gran Poé y qué castigo merece la mué sin urma que ha puesto así a este peazo de pan!—decía la abuela.

Las amistades de Carrito se reducían a Gazura y Copita y aun éste, regañón y malhumorado.

—Carrito, vámonos de capea—le de-

cía Gazura recordando los alegres tiempos mozos.

El se decidió a levantarse. Estaba pálido, el cabello lacio, la expresión desmedrada y triste.

—Me vi a dar un paseo.

—¿Pe jaseé piernas?

—Pa jaseé... eso. De aquí un rato. Tú no venas, dejarme solo.

Y se dirigió a pasear por los alrededores de la ciudad, deseoso de no encontrar gente, amando la soledad como a una dulce compañera que sabía comprenderle en su dolor.

No muy lejos de la estación pasó un coche que se detuvo ante la humilde casa de la guardabarrera. Descendió de él una pareja y a Carrito le dió un vuelco el corazón. Aunque la mujer estaba la cara, la reconoció. ¡Ella! ¡Ella y, el ladrón, Romerita!

Entraron en la casita, con axoramiento, y Carrito quedó asombrado, no creyendo lo que veían sus ojos. ¡Bah, no era posible que fuese Rocío! Y aunque fuese la hija de Carmona, ¿qué se le importaba a él?

La dueña de la casa se había acercado, servicial, a Rocío.

—¿Quiere usted alguna cosa, señorita?

—Gracias. No quiero nada—contestó la niña con voz sorda.

—¡Que traigan café! Lo mejor es café—propuso Romerita—. Ana tú por él—ordenó a su mozo de espadas que le había seguido.

Pero apenas hubo salido, el mozo volvió a la estancia para decir, metiendo prias:

—¡Er tren! ¡Vamo!

Rocio se levantó recolese, echó a andar y al llegar a la puerta retrocedió. Romerita la tomó suavemente por la cintura y la dijo para dar mayor fuerza a sus promesas:

—¡Que sí, chiquiya! ¡Que nos casamos de seguida! ¡Te lo juro por mi madre y por quien quieras!

—¡Vamos!—apremió el moro.

—Yo...—suplicó ella todavía.

—Pero será lilaila...—replicó el torero, arrastrándola dulcemente.

Se detuvo allí mismo el tren y Currito llegó a tiempo de verlos subir precipitadamente en el sleeping.

Quedó sin acción, paralizado por la sorpresa, con un nudo en la garganta que le apretaba hasta la asfixia. Sólo cuando arrancó el tren recobró la sensibilidad y cediendo a un impulso irreflexivo corrió loco tras el expreso, dando estúpidamente doloridas voces.

—¡Que se la yeva! ¡Que se la yeva!

Hasta que tropezó y cayó al suelo, venido y rompió a llorar amargamente.

¡Malvado Romerita! ¡Se llevaba, engañando, a aquel ángel, a aquella santa mujer que había sido la Vida, la Luz, el Alma para Currito! ¡Maldito!

Así pasó largo rato, anhelando morir y ya cercano el día se dirigió, sin saber cómo, al Hospicio.

Instintivamente, como había llegado, el ansa de consuelo le llevó a Sor María del Amor Hermoso que se asustó al verle de aquella manera, polvoriento, amarrado el pelo, las manos ensangrentadas.

—¡Hijo!—exclamó con dolor mater-

nal, tendiéndole amorosamente los brazos, olvidada de la Santa Regla.

—¡Madre! ¡Madre!—gimió el cuitado.

—¿Qué te pasa, hijo? ¿Qué tienes, pobrecito mío?

—¡Me la ha robao! ¡Se la yeva! ¡Me la ha robao! ¡Solo! ¡Estoy solo para siempre!

—¡Me tienes a mí, hijo! ¡Me tienes a mí!

—¡No, madre, no! ¡Solo! ¡Solo!—repuso el infeliz con inconsciente crueldad—. ¡Solo!

Y Currito sentía a aquella Rocio más dentro de sí, con el vivo, sangrante y desesperado dolor de una irremediable desventura.

¡Siempre solo! ¡Siempre!

## CAPÍTULO V

Volvió Manuel Carmona de torcer las dos últimas corridas del año en Jaén. El tren que le volvía a la paz del hogar parecía pesado como una carreta y anhelaba estar pronto reunido con los suyos en su apacible cortijo.

Al llegar a la estación del Empalme salió a la ventanilla para contemplar el panorama de la alegre ciudad, dominada a lo lejos por la torre maravillosa.

Su alegría se vió turbada por la presencia de don Ismael Almanzar que contra su costumbre le estaba aguardando y tenía el rostro serio y la expresión preocupada.

Carmona se apeó del tren, saludó cordialmente al canónigo y los dos toma-

ron un automóvil que les iba a conducir a la casa de Carmona.

—¿Qué pasó?—dijo ansiosamente a don Ismael, recelando algo en su actitud grave—. ¿Alguna saboconión en casa? ¿Un enfermo? ¿Mi Teresa? ¿Mi hija?

¡El buen don Ismael fué contándose-lo todo, temiendo a cada momento la ira de aquel hombre, herido en lo más íntimo de su corazón y en lo más sagrado de su honor!

¡Ah, Virgen del Rocío! ¡Y cómo entró aquel hombre en su casa!

—¿Qué has hecho de mi hija, mala madre?—preguntó a Teresa que amedrentada lo esperaba en la puerta en unión de su vieja criada.

La infeliz quiso balbucir una explicación, pero las lágrimas la ahogaron. Dos días lloraba sin consuelo.

—¡Manuel! ¡Qué dices? ¿Qué culpa tiene Teresa?—suplicó el sacerdote.

—¡Que la hubiera celao, que esa es la obligación de las madres! ¡Yo tenía bastante con mi trabajo!

Almanzor se lo llevó al despacho. No había culpa de nadie. Era una desgracia que había venido sin que la llamasen.

El canónigo procuró calmarle con la perspectiva del arreglo. Todo quedaba reducido a que Rocío, temerosa de la oposición paterna y fascinada por el amor, había elegido por sí esposo, cediendo a los impulsos de su corazón.

—Pero, ¿con quién se ha ido?—rugía Carmona—. ¿Quién ha sido el grandísimo bandolero que me la ha robao?

—¡Cálmate, Manuel! Nosotros nada sabemos. Mandó esta carta...

—Pero, ¿quién es esa granuja? ¡Maldita sea él y toda su casta! ¡Muñequilla! ¡Mi muñequilla! ¡Ingrata, mala hija!

Ansiosamente, temblando por conocer la verdad, saltaron sus ojos por los renglones de la carta que le entregó el canónigo.

Era una simple línea de perdón: "Estoy loca por un hombre que papá no quiere y si no me caso con él me muero y me voy con él a esperar vuestro perdón y vuestra bendición en cuanto nos casemos como Dios manda, que será en seguida..."

El torero estrujó furioso el papel y miró a su amigo.

—¿Quién es ese sarteado de canchinos?

—Romerita—se atrevió a decir, por fin, don Ismael.

Carmona, fuera de sí, avanzó decidido contra él, con las manos extendidas hacia su cuello como si fuera a asfixiarle.

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Canalla! ¡Te ahogo!

—¡Manuel, que soy yo! ¡Mira lo que haces! ¡Respétame!

Y atemorizado ante la agresión de Carmona, ganó precipitadamente la puerta y quedó junto a la parte exterior, mientras el torero, golpeando hábilmente la madera, rugía:

—¿Que te respeto? ¡Abre, curiano miserable, que te ajogo a ti y ar ladrón que se la ya llevao! ¡Mardita!

Y cansado de golpear inútilmente.



volcó su furia contra los inocentes muebles y la emprendió a patadas con ellos.

Al fin el cansancio le rindió y cayó junto a la mesa escritorio, bajo el peso abrumador de su pena.

Podía haber perdonado a Rocio su ligereza, su liviandad, pero lo que no podía perdonarla, lo que no le perdonaría nunca, era el agravio, la ofensa inferida al marcharse con el aborrecido rival.

—¿Qué he hecho yo, Dios mío, vamos a vé? ¿Qué te he hecho yo? ¡Irse con ése... con ése!... ¡Permita Dios que le atraviese un toro! Y eya... eya tiene que llora mucho por el daño que ha hecho a su padre.

Pasado algún tiempo y no sintiéndole ya, el canónigo se atrevió a abrir de nuevo la puerta y se acercó a Carmona, mientras afuera, la esposa lloraba, secundada por la fiel doncella.

—¡Manuel!—le dijo con dulzura.

El torero se alzó lentamente, solemnemente. Su rostro parecía haber envejecido de pronto muchos años. Con voz débil, insegura y rota habló:

—¡Que nadie, nadie, vuelva a hablarme jamás de esa mujer! ¡Nadie me la miente! ¡Esa mala hembra no es mi hija! Se ha muerto der tó pa nosotros. Er que me la miente no es mi amigo y si me la mienta mi mujé, no es mi mujé. ¡Se ha muerto pa los restos!

Y su actitud era tan firme, tan irreductible, tan fiera, que daba la sensación de que, realmente, había muerto alguien en la casa.

\*\*\*

Currito yacía maltrecho, destrozado y vencido en el fondo del terrible poro del olvido. Vivía pasivamente, sin interés para nada, ni aun por sí mismo, anonadado, como en un estado de inconsciencia en que no había otra sensación clara que la violencia brutal de un golpetazo atontador.

—¡Qué torero más grande había ahí!—decían las gentes al verle pasar, perezoso y taciturno.

Había sabido que Romerita estaba en Méjico, seguramente con Rocio. Y se sintió más solo como si viviera en pleno desierto de tierras pardas y horriblemente monótonas.

Con Copita, que se desesperaba viéndole tan perdidó, marchó a Madrid, en pleno invierno. La abuela había muerto y Copita quería renovar igualmente el ambiente. Garuza iba con ellos, igualmente misero en el terrible afán de ganarse la vida.

Cada uno de los tres comenzó a vivir en Madrid una vida distinta, alejados de los toros, pues Currito era cosa perdida y los demás sin él no sabían acomodarse en ningún sitio.

Currito vivía en un miserable hospedaje a donde no había llegado ya siquiera el recuerdo de aquel hombre que fué ídolo de las muchedumbres. Andaba triste, el alma envenenada y dolorosa, muerta la divina llama de la esperanza.

A veces se sentía todavía más solo en el ambiente de Madrid, vida y movi-

niento, trabajo y juventud, que contrastaba con el peso muerto de sus ilusiones caídas.

Copita se dedicaba a algunos negocios de corretaje y, hombre ducho y marrullero, iba sorteando el difícil problema de subsistir.

Pasaba muchos ratos en una taberna situada en los barrios populares de la ciudad, regida por Manuela, una gallega que no era insensible a las demostraciones amorosas de Copita.

Copita, sentado a una mesa del interior, escribía una carta a don Ismael.

*Desengañado de los toros me las voy apañando como puedo gracias a lo que pude librar de otros tiempos mejores. Hago negocios ayudando a necesitados, no llevándoles casi nada por el corretaje y así voy tirando.*

*Currito muy mal, nadie le hace caso. Del Romerito dicen que ha vuelto sin la Roca, de la que nadie sabe ná.*

*Como me he quedado solo por la muerte de la pobre agüela, no quiero seguir así por mucho tiempo, pues he encontrado una tabernera gallega que vale mucho.*

Copita cerró la carta y se dirigió al mostrador donde Manuela, guapetona y lista, estaba de polique con unos mozos.

—¡Qué país, compare de mi arma! ¡Mal invierno se prepara!

—Trabaje en algo, barelleiro y no pasará fame—dijo, sonriente, la gallega.

—Si ni había del fame, como usted dice, sino del frío. En Madrid tirito yo

más que un perro chico. ¡Es mucho frío este, comare!

Y se marchó, después de envolverla en una mirada cariñosa que decía mucho.

Al otro día, Curro acudió a la taberna de Manuela, deseoso de consolar su soledad con el calor de un afecto.

—¡Buenas tardes, Manuela! —dijo con su sonrisa triste de hombre vencido que ya nada espera y es como una sombra de lo que fué.

—¡Hola, Curro!

—¿Está Joaquín?

—¡Allá dentro anda!

Se entró en la trastienda mientras Manuela comentaba con una vecina sus deseos de casarse con Copita, que era un andaluz que valía mucho.

—Yo sólo aguardo. A esta casa le hace falta un hombre y he de ver si ese demonio de andaluz reúne las condiciones que yo quiero.

Calentándose ante una mesa camilla estaba Copita que sonrió tristemente al ver a Currito de la Cruz, calido, fiacucho, pálido, la melancolía de los vencidos en los ojos cargados aún de pasión.

Currito le explicó brevemente su situación apurada, pues se le iban agotando los últimos dineros adquiridos en algunas corridas provincianas en que fué de fracaso en fracaso y tuvo que huir más de una vez para librarse de la cárcel o de la piedra.

—¡Malo, Curro, malo! —le dijo Copita—. Así no se puede seguir. Miras dos libras de gloria cubana que me dejaron cuatro pesetas; esta sortija en la que

me voy a ganã 25 duros, como poco. Y tã cada día vas peor. Comemos, fumamos, cafeteamos y no trabajamos. ¿No te ha hablao Retamar, el representante de la empresa, pa torrear el domingo?

—Pero eso no se pué torrear, usté lo sabe.

—Lo que sé es que si ensima de no arrimarte, jumens, ni co los corrillos de chavens de alrededor de la plaza, te van a admitir.

—Bueno, Joaquín; ya sé: torero en arto, to er mundo a servirle; torero en desgracia, toos a darle con el pic.

—¡Mardita sea!—chilló, indignado, el banderillero—. Eso no pués tú desir-lo de Joaquín González Copita que ha sido contigo más que un padre.

—Lo digo por mí—cortó Currito, levantándose bruscamente humillado—. ¡Buenas noches!

Y salió del comedor y al verle partir, Copita y Manuela—ésta había entrado momentos antes—, comentaron con melancolía.

—¡Pobre!—dijo la gallega.

Copita dudó un momento como si quisiera llamarle, pero se detuvo.

—¡Ya volverá y estará menos!

Currito se detuvo un momento en la puerta, dudoso de su camino. Hacia frío. Era una noche helada, con ese vientecillo gélido de Madrid que no apaga un candil y mata a un hombre. Currito echó a andar abstraído en la leotitud del que camina sin rumbo.

De pronto tropezó con un hombre que iba en dirección contraria.

—Curro, que me alegro de encontrar-

lo a usté; a buscarlo iba en cá la-ga llega.

Era El Pintao, un picador de última fila.

—¿A mí? No será pa pedirme toros, que no los tengo.

—No, señó. Es de parte de una persona que quiere hablarle.

—¿A mí? ¿Quién?

—Haga usté el favor de veni conmigo y lo sabrá. Es aquí cerca.

Currito se encogió de hombros y le siguió indiferente hasta llegar a un portal estrecho, oscuro y maloliente, de una corcana calle.

El Pintao le dijo:

—Aquí vivo yo. Espéranos usté que de segun bajamos.

Currito aguardó sin curiosidad ni inquietud, atento únicamente a sus pensamientos.

Estaba más solo que nunca. ¿Valia la pena de vivir así? Hasta Copita le abandonaba. ¡Maldecida vida!

Un golpe en el hombro le sacó de su ensimismamiento. Era el Pintao.

—Aquí la tiene usté—señaló el picador a la persona que le acompañaba y que se detuvo dentro del portal en la leve penumbra de la luz de la calle, sin atreverse a seguir.

—Usted dirá—dijo Currito, acercándose a ella.

Era una mujer de pobre traza, envuelta en un mantoncillo, que llevaba en brazos una criatura.

Sin aguardar más, el Pintao se fué discretamente. La mujer permaneció callada. Nada permitía distinguir de su rostro en la oscuridad del portal.



—Usted dirá en qué puedo servirla  
—repitió Currito—, si es a mí a quien busca.

Y como la mujer sollozase quedamente, prosiguió:

—Vamos, señora, no tenga usted reparo. ¿Qué me quiere usted?

Con una voccecita débil, murmuró la mujer:

—¡Mi hija! ¡Tengo que llevarla a la inclusa!

—¿Qué dice usted, mala madre?—vibró Currito saltando al doloroso nombre y cogiéndola violentamente de un brazo—. ¡A la Cuna, no!

—No me haga usted daño, que no soy mala.

Currito se repuso y dulcificando la voz, se excusó:

—Dispéneme usted. Ha sido un repente que me dió al oír lo de la Cuna. No haga usted eso, señora, se lo dice a usted un hombre a quien han hecho desgracia tirándolo a un torno. Vamos, vamos, deme usted su hija, no se vaya a lastimar.

Currito se desazonó para ayudarla y quiso coger la criatura.

Y cuando tuvo a aquella mujer frente a sí, a la luz, y vió aquella cara triste, marchita por el dolor y le miraron implorantes aquellos ojos hundidos, lejanos, sintió una violenta conmoción de todo su ser, un golpeazo cruel en el alma. Quedóse paralizado de asombro. No quería creer lo que veían sus ojos.

—¡Usted! ¡Usted! ¡Rosío!... ¡Señita Rosío!

Ella rompía en desconsolado llanto. Currito, llena el alma de un gran do-

lor y de una gran compasión, olvidándolo todo en aquel momento, la atrajo hacia sí y trató de consolarla.

—¡No lllore usted, señita Rosío, pobrecita, no lllore usted! No lllore usted más, pobrecita mía... La yevaré a su casa. ¿Dónde es?

—No tengo casa, no tengo nada—dijo ella, la infeliz—. Currito, estoy maldita de Dios.

Una gran emoción se apoderó del torero. Una mezcla confusa de vivo dolor y de alegría lejana, escondida, que se resolvió en una inmensa compasión.

—¿Maldita? ¿Maldita usted, señita Rosío? ¡Venga, venga usted! ¡No yore! ¡Venga usted!

Se dirigieron rápidamente hacia la cercana taberna de Manuela la Gallegu.

—¿Se ha ido Joaquín?—preguntó al chico, que fregoteaba en la pilita del mostrador.

—Está ahí dentro con el ama.

—Siéntese usted, que ya mismo vengo.

Y entró en la trastienda, donde Joaquín y Manuela seguían charlando, prudentemente separados por la camilla.

—Por la aslá de quien más quiera usted, Joaquín, por el alma de la abuela, por...—dijo, descompuesto.

—¿Qué pasa, Curro, qué pasa?—le atajó Copita, impaciente.

—¡Es Rosío! ¡La señorita Rosío!—y puso en ese nombre toda la vehemencia de su corazón enamorado—. Se muere de hambre. No tiene casa ni reparo. Acuérdesse de tóo lo pasado...

—¡Acuérdate tú, que yo bien me acuerdo!

—Yo no me tengo que acordá de na —repuso noblemente—. A mí no me ha hecho más que bien su padre—institió, acogiéndose a esta explicación con la cual quería engañarse a sí mismo.

Y cálida y doloridamente refirió a Joaquín y a la tabernera la dramática escena del portal.

Conmovida salió Manuela para conocer a aquella mujer, pero tuvo que detenerse ante un borracho que acababa de entrar en el establecimiento y le decía cosas a Rocio que se encogía asustada en un rincón, oyéndose píropear socientemente.

—Tirarilo la carioca que es una danza que dialoca—canturraba—. ¡Olé! Si en uno tuviéramos en casa una mujer así, se acabaron los odios de clase. Mirame usté, so guapa. Por un besito suyo le canto yo la carioca y...

Manuela le apartó rudemente.

—¡Largo de aquí, malpocado! ¡En mi casa respétese la gente!

—Pero oiga usté, sô mula...

—Largo de aquí si nó quiere quedarse sin muelas.

Y dirigiéndose hacia Rocio la habló bondadosamente:

—¡Venga conmigo, filiña, venga por aquí!

Llegaron a la trastienda donde estaban Currito y Copita.

—Entre sin miedo, santa; caliéntese que como mismo está que es una pena de frío y de debilidad. Mismo helallón del todo. Ahora va a entrar en calor. Aguarde y verá.

Y alzando el tapete de la mesa re-

quirió la badila y movió el brasero que esparció un calor de bendición.

—Acérquese, no tenga reparo que todos le somos amigos. Y ahora mismo se va a tomar un caldiño que la va a poner como nueva. Voy yo misma por él. Vaise a chupar los dedos.

Los ojos de Rocio se alzaron, negros y tristes, en una intensa mirada de gratitud.

Como la niña comenzase a llorar, la tabernera preguntó:

—Tiene hambre, pobriña. ¿No la cria usté?

—¡No puedo! Por eso...

—Vaya, mujé, ¿y se está ahí sin decir nada? Ramón, ¡ay! Ramón—añadió llamando al chico de la taberna—. Váste por el aire a la lechería y dícele a mi sobrina que te den dos cuartillos de la buena para mí, y a ver si no te cae ná por el camino, ni hehas de ella, que voila a medir, ¡vivo! Yo voy por el caldo.

—¡Esto es una mujé. Carro!—dijo Copita, mirando conmovido a Currita, que parecía haber perdido la voz contemplando a Rocio y a su hijita—. ¡Viva la gaita y viva su pare y su mare y toa su pajolera familia gallega! ¡Qué mujé! ¡Ni la de Santiago Apóstol!

En un periquete volvió a entrar la tabernera.

—Aquí está el caldu, con gallina y todo, del mín. ¡Coma, santa! No me sea bobiña.

—¡Gracias! —murmuró al fin Rocio—. Es usté muy buena. ¡Hacia tanto tiempo que nadie me hablaba con mi-

riño! Dios se lo pague. Y a usted, Currito...

Y no pudo seguir, ahogada por las lágrimas.

—Manuela, pídamle lo que usted quiere—dijo Currito a la tabernera, tendiéndole la mano con gratitud.

—¡Si eso no vale nada! ¿Qué le voy a pedir? ¿Que no esté más triste!

Copita, alargando a su vez la mano a la gallega, le dijo:

—Y que luego digan que no hay gracia pajolera en su tierra de usted. En cuanto nos casemos le voy a regalar a Santiago Apóstol un cordobés de plata.

—Saque de aquí, barelleiro, saque de aquí—le dijo con un fuerte manotazo en la espalda, que le hizo tambalear.

—¡Como si me hubiera empujado uno de Pablo Romero! ¡Cualquiera se atreve a llevarla a usted la contraria, comare!

Acordaron Currito y Copita marcharse de allí dejando bajo el amparo de la señora Manuela a Rocio y a su niña.

—¡Que usted descansen, señorita Rocio!—dijo Currito, tímida y turpemente, sin acertar con más palabras, ni atreverse a darle la mano.

Escondiendo avergonzada la cara que otra vez surcaron las lágrimas, pudo apenas balbucir la triste muchacha:

—¡Adiós, Currito!

Copita se despidió brevemente.

Salieron y ya Currito no tuvo otra idea que la de defender, amparar a aquella mujer, fuera como fuese. Currito era noble, no sentía rencores, el amor seguía cantando en el alma su himno de paz y generosidad. Currito

pensaba que no podía abandonar a Rocio, a quien sin duda, el otro, aquel maldito Romerita, cansado y voluble, había despedido casualmente.

—¡Amparar! Esto se dice muy fácil—le advirtió Copita.

—Torearé—contestó Currito, sensiblemente.

Copita se le quedó mirando con extrañeza como al le oyerá decir alguna disparate. ¿Cómo? ¿Después de haber caído tan por abajo, entre el desprestigio general, quería volver a torear? ¡Cosa imposible!

¡Inesperado arrojó de los apocados! ¡Intrepido aliento de los tibios! Sabía que Romerita estaba en Madrid, de regreso de su gira triunfal por Méjico. ¿Por qué no ir a verle? ¿Por qué no exigirle el cumplimiento de sus obligaciones con aquella mujer? Y sin pararse en pensarlo más, empujado por la fuerza del querer que arroja a los hombres a lo increíble, acuciado por otra parte por el ansia de saber pronto la verdad, se dirigió hacia uno de los colmados que acostumbraba frecuentar Romerita.

Copita le había dicho: "A lo mejor se quieren aún y el día de mañana se vuelven a juntar. Esas cosas de los hombres y las mujeres que se han querido tan pronto se poben más negras que un nublado, como se vuelven más dulces que una confetaría". Pues bien, él iba a saber si era verdad aquello.

Preguntó por el famoso torero que se hallaba a la sazón en uno de los reservados, desde donde se oían rasgueos de guitarras, ruido de palmas, jaleo, ri-



sus femeninas y la voz pastosa de Romerita entonándose por "soleares".

Currito rogó al dueño dijese a Romerita que saliera para darle un recado urgente.

No tardó en aparecer aquel hombre que le saludó con un frío:

—¿Qué se le ofrese?

Currito se sintió de repente inundado de timidez y no supo cómo empezar ni qué decir. Y Romerita, creyendo que le solicitaba una recomendación para torear, le atajó desdeñoso:

—Bueno, hombre, que vienes a pedirme que te proteja y que te dé alguna corria. Pa eso no valia la pena de molestarme ahora. Ya veremos lo que poco hacer por ti—concluyó, pisoteándole, dispuesto a salir.

Pero como ante el toro, Currito se irguió soberbio al sentirse maltratado ¡Y por aquel hombre!

—No te vengo a pedir protección que no la necesito ni tuya ni de nadie. Pa tener las corrias que quiera, hasta con que a mí me dé la gana.

—Bueno, lo que sea, que no estoy pa perdé e tiempo. ¿Qué tripa se te ha roto?—le apremió con la insolencia del vino que empezaba a caldearle y el celo de la hembra cercana, que le impacientaba.

Sin rodeos, breve, claro y decidido, habló Currito. Aquella mujer abandonada y enferma; aquella criaturita...

—¡Ta, ta, ta! ¿Era eso? ¡Y a ti quién te mete?

Se metía Currito por su voluntad. Tenía muchas obligaciones imposibles de olvidar con aquella familia: había

encontrado por casualidad a Rocío en la más dolorosa de las situaciones y compadecido de sus sufrimientos y de los de su hija...

—Pues si ahora sufre, vaya por lo que se divirtió antes—atajó, cínico e impaciente.

—¿Qué dices? — exclamó Currito, asombrado.

—¡La chipén!

—¿Pero vas a abandonar así a tu hija? ¡Que es tu hija, Angel!

—¡Vayasté a saber!—respondió, frío y egoísta.

—¡Angel!

—¡La fetén! Los hijos son de las madres. A saber quién será el padre.

Currito sintió en el fondo de su alma el vivo dolor de una puñalada cruel. El respeto, la adoración, el amor que allí dormían se despertaron bruscamente, heridos de un violento mal de celos.

—¡Mentira! Rocío no es así. ¡Esa mujer, no, no! ¡Mentira! ¡Di que es mentira!

Y nerviosamente atenzó el brazo de su rival.

—Y si fuese cierto, ¿qué?—contestó sacudiendo el brazo.

Currito dió un rugido y, ciego, abalanzóse a un cuchillo de trincar y le blandió ansioso de herir a Romerita.

El valentón se apartó rápidamente.

—¿Qué hacen, Curro? ¿Te has vuelto loco? ¡Repára! Para, hombre, que los hombres hablando se entienden.

Era miedo, como esos valentones de ruido que son así cuando se ven a solas, frente a frente con un hombre resuelto.

No es que él tuviese la menor desconfianza de Rocío. ¡Tendría que ver! —exclamó, jactancioso—. No, sino que él, en eso de los hijos tenía sus ideas. Para Romerita los hijos eran únicamente de las madres. Mas él no negaba la relación del abuelo con el nieto. Que Rocío le llevara su hija al orgulloso Carmona para enseñarle a ser mala lengua y a despreciar y a maltratar a la gente.

—Además, si quieres, te la regalo—añadió Romerita, queriendo terminar el molesto diálogo con un chiste despreciable.

—Hay cosas que no pueden regalarses—replicó Currito.

Romerita se encogió de hombros. ¿Deseaba algo más? ¿Quería haber un chato con ellas? ¿Necesitaba algo? Le hablaría a Juan Cortés, el empresario de Málaga que estaba allí dentro, para que le diese alguna corrida.

—Cuando yo quiera toréa no se lo pediré a ningún torero—dijo, orgulloosamente—. Ná más que había venido a eso. Tú no quieres saber de ello...

—Agua corria no mueve el molino de Angel Romero. ¿No quieres ná más? ¡Pues con Dios, Currito!

Currito salió con el alma cambiada. Rocío no tenía al presente otro amparo que el suyo. Era preciso prestárselo, amplio, sin medida. No se paró a pensar nada. No quiso reflexionar. Desde hacía varias horas Currito era todo impulso y acción.

Marchó a casa de Retamar, el empresario, y aguardó ante la puerta a que

éste llegase. No tardó éste en aparecer y al verle le dijo, con extrañeza:

—¿Tú por aquí?

—¿Ha arreglado usted la corrida del domingo?

—¿Te conviene torcarla? Tengo medio hablas con el Relojito, pero sin compromiso.

—Pues, póngame usted por lo que más quiera, porque me hace mucha falta.

—Bueno, tráeme mañana la plantilla y hablaremos del dinero.

—¿Der dinero de esta sola o de los del abono también?

—¿Que te enseñen un braseo!—acabó Retamar, riendo, mientras tomaba la cerilla que le brindaba el sereno.

—Es que hablo en serio.

—¿En serio con el frío que hace? ¡Súfete el cuello! Acuéstate, cristiano, y mañana amanecerá.

Curro se marchó contento a su casa, a esperar al próximo día y soñar con Rocío y en rehacer su vida y amparar la de la hija de Carmona.

...

Al día siguiente volvió a casa de la Gallega. Rocío estaba febril, muy postrada, todavía en la cama, y Currito ordenó que se llamase un médico para visitar a la enferma y el doctor diagnosticó que era una gran postración causada por un exceso de debilidad y que era preciso mucho reposo y una alimentación reparadora.

—Manuela, usted ya lo sabe—dijo Currito a la gallega—. Tú corre por

mi cuenta. Ampáreme usted a la señora Rosío por lo que usted más quiera, que yo le juro que esto va a cambiar muy pronto.

—¡Vamos, calle! ¿Por quién me toma? Gracias al Apóstol me sobra pa cuidar a esa pobriña. No me hable de más.

En aquel momento entró Copita a quien Curro explicó:

—Er domingo atoreamos, Joaquín.

Copita experimentó una impresión desagradable. ¡Adiós la tranquilidad de aquella vida sin riesgos, esperanzada de tantas cosas!

—¿Qué dices, niño? ¿Dónde?

—En Madrid.

—¿En Madrid? Pero si eso no es una corria pa un torero de tu categoría, eso es un pompurrín pa toreros de plaza sin parcos.

—Pompurrín o no pompurrín, no hay otra y yo la toreo. Arrégleme la cuadrilla y búsquerme a Gazusa.

Copita no tuvo más remedio que ceder. ¡Demonio de Currillo! ¡Por vida de los mengues, el latifundio con que se salía el niño a principios de marzo! Y se dirigió a ver a Gazusa que vivía en un último piso de una casa de vecindad, desmantelada habitación, sin otra luz que la escasa que permitía desde el tejado un cristal sucio y hendido.

—¡Vaya lujo, Gazusa! —le saludó al entrar—. ¡Ascensó, calefacción y tranvía eléctrico por los pasillos!

Gazusa, que estaba surciendo un sitio de su americana, respondió:

—Y van a poner restorán en cada piso pa cuando vengan visitas. No re-

suelle tan fuerte que nos vamos a quedá sin aire.

—¡Ya, ya! Er domingo toreamos, Gazusa. Curro se ha vuelto loco. Hay que desempeñar er traje y arreglarle la ropa.

—¡Olé! ¡Ya tenemos pirí!

—Con lo que ése huye y la corria que han traído ni ole ni hule. ¡Eso es una corria de gigantes! ¡Las pirámides de Egipto!

—Deme usted dos baros pa tirar hasta er domingo.

—Pero, ¿tú crees que Curro pué volver a ser lo que ha sido?

—Por una mujer se base tóo. Er día que resusita y cuando é lo dice...

—Lo dice hoy miércoles que hay tela hasta er domingo. Er lunes por la mañana habrá que oírle.

Y llegó el domingo en que Currillo iba a torear para dar la alternativa a un torero francés, bastante detestable.

Manuela había encendido unas lamparillas a los santos y vírgenes de su devoción para que librasen a Currillo. Y Rocío, que comenzaba a levantarse, al ver aquellas iluminaciones que ella conocía bien lo que significaban, preguntó:

—¿Hay toros hoy?

Le habían ocultado a Rocío la noticia y la gallega urdió una mentira tranquilizadora.

—No, miudita, no. Es que todos los domingos primeros de mes tengo esa costumbre.

Y a la misma hora Currillo se vestía, ayudado por Gazusa, para ir a la plaza.

Gazusa comentaba, con la amargura



que inspira la contemplación de la realidad:

—¡Igual que otras tardes que no me dejaban aviar! Así son los "jeleraa". No más miran al torero que está en arto.

—¡Tóo vorverá, Miguel, tóo vorverá! Nunca me he vestido más a gusto que esta tarde que estoy sola. Aquí no hay ninguna mentira, ná más que la verdad que es uno llevarnos dentro. ¿Has oído? ¡El coche! Dame el copote, Gazara, y que la Virgen de la Esperanza me acompañe.

En la intranquilidad de aquella larguísima tarde, perfundada de extraños temores presentidos, Rocio, obediente a la necesidad de hablar que se impone misericordiosa a todos los abrumados por una pena, refirió su triste historia a Manuela que la oía conmovida y llorosa.

—Con El Pintao, un buen hombre, antiguo picador, salí de México después del abandono de aquel mal hombre. Vino a Madrid. Mis padres no contestaron nunca a mis cartas. Me nació la niña. Quedé muy débil. Pasó el tiempo, sin que se acordara más de nosotras: agoté todo hasta llegar a pasarme dos días sin comer. Me aconsejaron que llevara a la niña a la Inclusa y fui... Eché a correr, después, horrorizada de lo que iba a hacer, en busca del Pintao, que me la sacó de pila... Trajo a Currito... ¡Mi hijita! ¡Mi Dolorcita! ¡Perdona a tu madre!

Y besó largamente a la niñita que dormía en su regazo.

—¡Ea! ¡No me llore más! — dijo

Manuela—. Ni recuerde más lo que pasó para siempre. Seréense, seránse...

Salió Manuela al halcón, extrañada de que no hubiesen vuelto ya de la corrida. ¿Habría ocurrido algo? Acometióla un negro presentimiento. ¡Dios mío! ¡Una cogida!...

Reconó un fuerte campanillazo y Rocio preguntó, con extrañeza, sobreco-gida:

—¿Quién llamará así?

Manuela franqueó la entrada a Copita que venía alegre, alborotado.

—¡Comare, colosalísimo! ¡Ha res-sistao! ¡La mejor tarde de Currito! ¡El amo! ¡En hombros lo llevan por esas calles! ¡Otra vez arriba! ¡De eso chanelo yo un poco!

—Pero ¿ha toreado hoy Currito?— preguntó Rocio desde su alcoba.

—¡Sí, señora! ¡Por usté!—contestó Copita, sin poderse contener ya—. ¡Y ha estao como nunca! ¡Parece mentira que con tanto miedo se hagan esas cosas!

—¡Y ese condenado de Ramón que me tiene aquí penando toda la tarde! —dijo Manuela.

—Se habrá ido como tóo Madrid detrás de Currito. ¡Tres orejas, tres! Pero llaman. ¡Ahí está! ¡El! ¡Le huelo!

Currito, tras de su grandiosa reaparición en que se había llevado al público de calle, había volado a ver a su enfermita.

Manuela le dió con toda su alma tal abrazo, que por poco le ahoga.

—¡Comare, que me vi a enclaf!— protestó Copita—. ¡Dejémelo usté vivo que tie que firmar mucho esta semana!

Vió Currito la puerta abierta de la alcoba y en su fondo a Rocio que, pálida y reconocida, le tendía la mano.

—¡Gracias, Currito, muchas gracias!  
Y antes de que el torero pudiera prevenirlo, subió la mano de él a sus labios y la besó.

—¿Qué hace usted, señora Rocio?— protestó, confuso y estremeciéndose.

Rocio le saludó con una sonrisa triste a través de sus lágrimas. A Currito le pareció que las puertas del cielo se abrían y se le entraba en el alma la gloria.

Y el muerto que llevaba dentro de sí resucitó a una vida de esperanza.

\*\*\*

La tertulia del café le esperaba impaciente y le tributó una gran ovación al verle entrar. Los concurrentes comentaban, aduladores y satisfechos:

—¿Cómo ha estado esa criatura! ¿Como nunca!

—¿Como que cuando él quiere!

—¿Ya hacía años que no se había visto una cosa igual!

—¡Bravo, Curro!

—¿Así se torcea!—le dijo Retamar—

¿Te streves con otra el domingo?

—Con todas las que usted me echa.

—¡Bien, torero; bien, eso es torrear, pa que huelan la esencia del torero los platos y aprendan los postineros que no torcan un pimiento!—dijo uno de los contertulios lanzando miradas a otra "peña" del café donde se reunían los partidarios de Romerita, presidida por éste.

—¡Alábate, pavo!—contestó uno de los romeristas—. ¡Pa lo que te va a durar!

—Está asustadito de lo que ha hecho esta tarde sin darse cuenta—exclamó otro partidario de Angel.

—¡Miau!

—¡Moro! ¡Cordilla pa ese minino y agua de azahar pa el amo!

—¡Chulo! ¡Tila!

Ardía el café con el fuego de la pasión taurina, comunicada de mesa en mesa.

Romerita, roído de envidia por el triunfo de Currito, se levantó a tiempo que lo hacía Retamar, el representante de la empresa y parándole, verde de ira, le dijo:

—Tú, er domingo me pones con ése. Vamos a ver lo que le duran las palmas.

—¡Djétele! ¡Ya tendrás tiempo!... Tengo comprometida pa ese día una novilla.

—Pues la deshaces. A mí no me la gano por detrás ninguna máscara.

—Pero, hombre, repara...

—Tú eres el que debes reparar que llamas la plaza, que es tu cuenta y sino, no cuentes conmigo pa el abono.

—¡Buena! Luego hablaremos.

Y los carteles de toros, vistosos y llamantes anunciaron la extraordinaria corrida, mano a mano, de Currito de la Cruz y Romerita.

Romerita llegó fanfarronamente. Currito, serio y pálido, con un anhelo de vencer a aquel hombre que tan soberbamente se había portado con Rocio.

Para el chavalillo, para el humilde inclusera, fueron todas las palmas, mientras Romerita, desconcertado por aquella actuación soberbia, no acertaba a igualarla ni a semejarla siquiera.

Currito gustaba el valor al arte y la gente andaba loca con él. No había en la plaza más que aquel torerillo, agigantado ante el toro, juntando allí dos cosas tan opuestas como la barbarie y las delicadezas estéticas del arte.

Romerita, ciego de rabia, perdió el dominio de sí mismo y fracasó lamentablemente. La plaza estaba indignada con él. Su actuación era desastrosa; enfurecido por la envidia fracasaba como un novato.

Apenas terminada la corrida, Copita corrió a la taberna para contar lo ocurrido.

—¡No le ha dejado colocarse! ¡Yo no he visto un baño igual de torero a torero!

Rocio sentíase inundada de alegría. Era el consuelo de la venganza. Todo su dolor, el rencor que guardaba a Romerita explotaron jubilosos a la noticia de aquella humillación. Sus ojos fulguraron vengativos. Currito adquirió ante ellos grandes proporciones. Ya no era solo el protector, el amigo: era el vengador. Tan poquita cosa, tan insignificante, le había vencido, mejor aún, había humillado a aquel hombre tan vanidoso, tan soberbio. ¡Dios justiciero que castiga a los malos!

—¡Hubiera querido verlo, Copita! ¡Si yo hubiera mandao en el toro! ¡Si yo pudiera! ¡Mal hombre! ¡Mal padre!

Y Copita, emocionado por aquellas

frases las repetía más tarde a Currito en el cuarto del hotel donde éste residía a la sazón.

—¡Canalla! ¡Mal hombre! ¡Mal padre! ¡Si yo fuera el toro! Así decía, loca de rabia. No le quiere, Curro, no le quiere. Se ha alegrao der baño y te lo ha agradecido. Ahora tienes que ir a despedirte por si quiere algo pa Sevilla.

Y Curro se dirigió a ver a Rocio.

Rocio le recibió cariñosamente. Le oía con temerosa atención, agradecida en el alma por todo lo que Currito hacía por él. Currito era para ella un hermano. Otra cosa, no. No sería ya de otro hombre, aunque fuese bueno y le debiera tanto como a Currito. Consideraba enterradas su juventud y su corazón y levantaba sobre ellos su firme propósito de rehabilitarse con una vida ejemplar, toda austeridad y sacrificio.

Currito hablaba contento de sentir junto a sí un corazón que se interesaba por él.

—Como yo sabía el gusto que eso le iba a dar a usted, en Pintao está desde ayer en la cuadrilla. Poco vale, es verdad, pero si había de llevar a otro pa los porrazos de la primera vara, va él.

Los ojos negros, de mirar siempre triste, que iluminaban el alma del ciego, se posaron con pena sobre él. ¡Qué lástima que Currito fuera así, tan poquita cosa, con aquel corazón tan noble, con aquella hambre de bien que ella no supo apreciar! ¿Quién sabe, a ser las cosas de otro modo?

—¡Dios se lo pague! Y cuando esté usted en Sevilla, háblele usted a mi padre, dígame que me perdone y si no me



quiere perdonar a mí que ampare a mi hija que no tiene culpa de nada.

—¡Vamos, señora Rosío, no lloro usted más!

—¡Que el Señor del Gran Poder le dé a usted tanta suerte como yo le pido y usted se merece!

Currito se había brindado noblemente a ir a ver al señor Manuel para pedirle perdón para su hija. Un cierto dulce egoísmo le llevaba también a que estuviese en casa de Carmona. El entonces la podría ver cuando quisiera. Y después, ¿quién sabe?

No se atrevía a ir más lejos; no se decidía a abrir esa ventana de dentro de sí mismo, de que habla el poeta, para escrutar el porvenir. Sólo sabía que quería y que necesitaba cariño. Le bastaba con el momento de hoy y con las leves brumas de una esperanza lejana e inconcreta, que no se atrevía a iluminar con la luz de la reflexión, temeroso de desvanecerlas. Luego había su timidez y su respeto a aquella mujer, prendas de su amor y de su nobleza espiritual.

¡Qué contenta estaba Rocío ante la posibilidad de volver al hogar! Cubría de besos a su niña, desahogada de comunicarle su alegría, complaciéndose en una evocación de sus padres y de su casa. ¡La abuelita, más buena! ¡El abuelo! ¡Las criadas, tan viejas como ellos en la casa, que eran como una parte de la familia; la azotea, las macetas, los canarios, el perrito, el gatito, más monas!

¿La perdonarían? ¡Currito le había dicho que sí! ¡Qué bueno era Currito!

¡Su pobre mamaita! ¡Su papaito que habría sufrido tanto con aquella mala acción de su musiquilla! ¡Cuántos abrazos, qué de besos a su llegada! ¡Cómo los iba a querer!

## CAPITULO VI

Currito se había dirigido una mañana al cortijo de Montellana donde Carmona vivía con su mujer, leyendo avergonzado de las miradas de las gentes. Para el mejor éxito de su embajada, Currito se hizo acompañar de don Ismael a quien puso en autos de lo accaduto a Rocío.

Carmona, violento, implacable, con una expresión de cólera salvaje, se negó rotundamente a todo arreglo.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Digo que se vayan ustedes! ¡No sé de quién me hablan! ¡Esta es una casa honrada! ¡Fuera! ¡Fuera!

La escena había sido breve, definitiva. Atemorizado y lleno de confusión Currito subió al coche en compañía del canónigo que había intentado en vano calmar las iras a Carmona.

Mientras el coche corría por la carretera, don Ismael se lamentaba.

—¡Bárbaro! ¡Abandonar así a una pobre niña que ha pagado tan caro su pecado! ¡Y esa niña sola, siempre sola!

¡Sola! ¡Abandonada! ¡No tenía otro amparo más que el suyo! El sí la estimaba, él la ponía por cima de todos los tesoros de este mundo, por cima del mundo entero. Currito la amaba como el día que se le metió en el corazón. La quería más ahora porque en la hoguera

del amor las dificultades y los imposibles son leña, y la compasión, aire. Y el dolor del infortunio de Rocio acrecentaba la pasión del inclusero.

En tanto, Rocio aguardaba impaciente la llegada de Currito con el resultado de su misión. Gaxusa y Copito habían traído muchos regalos para el niño y la turbación, las contradicciones, la inquietud de que daban muestras aquellos hombres, hicieron comprender a Rocio la verdad del suceso.

Manuela intentaba apaciguarla.

—¡No me sea tontaña! Los padres nunca maldicen de sus hijos. La perdonarán. ¿No la han de perdonar? Ya verá como todo se arregla bien.

En aquel momento entró Currito. Estaba pálido, dolorido por su fracaso y en muy breves palabras le expuso la derrota de sus proyectos, aunque ocultando la indignación y el furor con que habían sido acogidos por Carmona. Teresa, la madre, en cambio, había tenido palabras tiernas para la hija, pero se resignaba a la fuerza bajo el imperio inflexible del esposo.

Convencida de que nada podía esperar de su casa y no queriendo, por otra parte, que la gente creyera que la mantenía Currito, pues las malas lenguas podían atribuir a otro sentimiento lo que no era más que una amistad limpia y pura, tomó Rocio con determinación.

—¡Me voy de esta casa! A vivir de mi trabajo.

—¿Tan malamente nos portamos con usted? —le preguntó inquieto Currito.

—No es eso, Currito, hágase usted

cargo. Yo no podré olvidar que por usted tiene hija esta pobre madre, pero por lo mismo yo no puedo continuar abusando de ustedes.

—Pero, señora Rocio, yo creo que hay otras cosas... otros caminos... que yo... que usted...

Rocio adivinó la confesión que venía detrás y quiso evitarle el disgusto y el dolor de una negativa y se apresuró a decir:

—No, Currito, no. Pa mí no debe haber más camino que el de trabajar ni yo he de seguir otro y no me llame usted más señora Rocio, porque no debe hablarme así un amigo tan noble que es para mí como un hermano. Yo tengo necesidad de trabajar y usted puede aún hacerme otro favor, el de recomendarme a un camilero amigo para que me dé mucho trabajo. Yo hago muy bien las camisas de torero. Mi padre no quiso ponerse otras que las que le hacía yo.

Y agregó tras una pausa:

—¿Qué dice Joaquín, que está tan callao?

—Que tiene usted razón y que eso es lo que hace una mujer cabá. Hay que hacerse cargo de la realidad de las cosas.

El inclusero no sabía lo que le pasaba; sonaban dulcemente a sus oídos aquellas palabras cariñosas, pero su corazón estaba lleno de la amargura de la despedida. ¿Se iba otra vez! Sintió como si la losa de la sepultura de su alma volviese a caer brutalmente, cerrando el paso a la luz y le aplastase, le aplastase...

No acertó a decir palabra de rebel-

dia. Además, tenía razón desde su punto de vista. ¿Qué iba a decir la gente ante aquella protección? Y no podía declarar su amor, temeroso de una negativa, convencido de que ella ya sólo viviría para su hija.

Apenas acertó a despedirse.

—Buena, Rosio, señita Rosio... cuando usted quiera algo, ya sabe usted... bueno... ¡Quercarse con Dios!

Rocio le vió con pena salir despacio, con andar incierto.

—¡Pobrecillo!

Y por un momento quedóse pensativa mirando compasivamente la puerta por donde salió el inclusero. Y se apoderó de ella una misteriosa tristeza. Parecía que se le arrancaba algo del corazón.

• • •

Copita y Currito habían entrado en una taberna a beber unas copas.

—¡Narabuena, Currul!—le decía riendo—. A la última te vas a salir con la tuya.

—¿Por qué dice eso?

—¿Pero en qué tren has venido? Te teme y te huye. Pan comido, Currul. ¿Lo sabremos Manuela y yo? Tú procura que no le farte na. Le hablas al señor Cruz pa que le dé de coser tuas las camisas que pueda, luego te las pone en cuenta y...

Y se hizo todo lo que aconsejaba la sagacidad de Copita. Rocio se instaló en un modesto pisito y el señor Cruz comenzó a enviarle labor muy pagada. Llegó el trabajo como una bendición y no había desaparecido un montón de camisas cuando ya se levantaba otro. No

paraba la máquina en todo el día ni la costurera sentía fatiga.

Manuela iba a verle algunas veces y hablaban de Currito que de nuevo en el auge de su poder arrebataba a los públicos con su arto cálido, emocionante y glorioso. Recorría toda España y andaba con señoras que le llevaban en palmas.

—Guapo ni lo es, pobriña, pero...

—Mujer, feo, lo que se dice feo, no lo es tampoco—le defendió Rocio con un dulce interés—. Y tiene buenos ojos. Parecen de mujé, ¿verdad?

—Y le es muy simpático.

—Sobre todo, es muy buena.

—Mismo un santo. Cuando digo que le nombramos mucho, se pone más contento...

Rocio pareció ruborizarse.

—¿Por qué hace usted eso, Manuela?

—¡Ya aluego! Porque es verdad, porque le quiero y para que no piense que le huye usted por no verle.

—Bien sabe Dios que le tengo levantado un arto en mi gratitud, pero le huyo por las malas lenguas.

Aquel día torreaaba Currito precisamente en Madrid y había prometido ir a verla terminada la corrida.

Habían encendido unos cirios y tenían el pensamiento fijo en el torero, pretendiendo distraer la intranquilidad de su miedo.

—Es muy tarde—dijo de pronto Rocio—. ¿Les habrá ocurrido algo?

—El santo apóstol no lo quiera y le ampare y les libre.

La máquina de coser no corría con la acostumbrada ligereza, sino que an-



daba despacio, parándose frecuentemente, mientras Rocio movía de prisa los labios murmurando una oración.

De pronto llegó a sus oídos el pregón de un vendedor de periódicos.

¡El Taurino! ¡Con la revista de toros! ¡Grave cogida de Currito de la Cruz!

Las dos mujeres se pusieron bruscamente en pie.

—¿Has oído? Voy a comprar uno—dijo Manuela.

En esto entró el chico de la taberna, demudado el semblante, con un periódico en la mano.

—¿Ha cogido un toro al señor Curro y se está muriendo!

Las dos mujeres lanzaron un grito de dolor y se abrazaron llorando. Sacando fuerzas de angustia, arrachó Rocio el papel al chico.

—Pero, ¿cómo ha sido? ¿Dónde lo dice?

Y recorrió anhelante el periódico, el cual le temblaba entre las manos. Apenas daba noticias en la prisa por salir pronto a la calle. Sólo contaba que al matar el quinto toro, Currito había sido herido en el cuello.

*"Las impresiones son pesimistas. Se teme un funesto desenlace."*

En la calle sonaron nuevos pregones de otros periódicos.

—¡Con la cogida y muerte de Currito de la Cruz!

Rocio, horrorizada, se tapó convulsivamente los oídos y apeló con un grito desgarrador al cielo:

—¡No, Virgen de mi alma! ¡No!

En el umbral de la puerta apareció

El Pintao, desaliñado y sucio aun de la brega de la plaza.

Rocio corrió hacia él, temblando a la terrible verdad.

—¡Muerto!

—¡No, señorita, ni lo quiera Dios! Está muy malito, pero vive.

—¡No me engañe usted, por lo que más quiera, Rosendo, se lo suplico!

—¡El evangelio, señorita! ¡Por éstas! Ha tomado una corná grande en el pecho, por así, pero gracias a Dios está vivo y no permita Dios que se muera!

Se iba El Pintao para conducir a Currito a su casa, pues lo había dejado todavía en la enfermería. Pero prometió volver con nuevas noticias.

—Usted me dirá toda la verdad, Rosendo.

—Yo no le puedo esconder a usted na.

Rocio cayó anonadada en una silla. ¡Desdichado Currito, herido gravemente, muerto quizás por ella! Un nuevo dolor le atenazó el alma. ¡Iba a morir en la soledad que tanto amargara su vida, sin un corazón junto al suyo que le comprendiera, sin la menor ternura de un afecto por el que tanto suspiraba!

Sintió clavarse en ella los ojos de Currito, aquellos ojos tristes como la pena que se había constituido en compañeros del infeliz.

—¡No me deje morir solo! ¡No deje que otras manos los cierren, señita Rosio!

Rocio se puso súbitamente en pie, se enjugó sus lágrimas y dijo resuelta a la galleta que lloraba en un rincón:

—¡Yo voy, Manuela!

—¡Vamos!—contestó la tabernera sin vacilar.

...

Currito había sido trasladado a su casa en compañía de numerosos admiradores y del practicante Ramitos que le atendía mientras llegaba un famoso operador.

Un sollozo inundó de pronto la garganta del torero que tenía una lividez ahilada.

—¡No me quiero morir todavía! ¡Un poco más de vida, un poco más!

En su delirio pensaba en Rocio y anhelaba que a la hora de la muerte las manos de ella se le tendiesen amorosas, consolándole en el trance doloroso. Y al verse solo y con gente extraña, se rebelaba a la idea de morir.

—¡Quieto! —ordenó imperativo el ayudante—. ¡Una inyección de aceite al sanforado!

Y como observase la habitación llena de gente, ordenó:

—Señores: aquí no puede haber absolutamente nadie.

—Tengan la bondad de retirarse. Ya han oído ustedes al doctor—dijo Copita que aparecía compungido.

Currito miró ansiosamente a su ban derillero y le llamó con su vocécita débil:

—¡Joaquín!

—¡Silencio!—dijo el practicante.

—Sí, ahí están —le dijo Copita comprendiendo la ansiedad del herido.

—¿Quieres que entren?

—Que no entre nadie. Hay que evitarle emociones —ordenó Ramitos.

—¡La mejor inyección para un enfermo es una inyección de alegría, Ramitos!

Cuando Currito vió venir hacia él a Rocio, experimentó tal emoción que le sobrevino un leve desvanecimiento del que se repuso en seguida. Rocio tuvo que hacer un esfuerzo enorme para aparentar tranquilidad y contener sus lágrimas, viendo al inclusero vendado, pálido, macilento, tan poquita cosa, tan "sensificante".

—¡Animo, Currito! ¡Dios querrá que eso no sea nada!—le dijo dominándose con la misma voz asusticiadora con que tantas veces le había empujado al triunfo.

La mano de Currito buscó la de Rocio, la apretó débilmente e intentó llevársela a la boca, pero le faltaron las fuerzas y a mitad del camino la dejó caer con la suya inerte y echó la cabeza atrás, desvanecido.

—¡Currito! ¡Currito!

—Otro desmayo —dijo Ramitos—. ¿Encargó usted al doctor que viniera en seguida?

—Figúrese usted—respondió El Pintor.

En aquel momento apareció el médico y se acercó cariñoso al herido, sonriendo animador, esparciendo confianza.

Y después de pulsarle y examinar con mirada segura el vendaje se volvió a oír las noticias que le diera su ayudante.

—¿Habrá que operar? —preguntó Ramitos.

—Seguramente. Ya oyes el escándalo de esa respiración. Vayan preparándolo todo. ¿Van ustedes a asistirlo? Nadie como las mujeres para estos casos—dijo mirando a Rocio y a Manuela.

Rocio se quedó paralizada. Al ir allí había cedido a un movimiento de lástima, pero sin pensar que pudiera verse en el trance de asistirlo. ¿Y su hija Dolorcita? ¿Y las malas lenguas? Mas los ojos del inclusero le imploraron anhelantes con aquella mirada triste que desde la tarde tenía clavada en el alma. "No nos abandone, suñita Rocio."

—Sí, le voy a asistir—dijo decidida. —Usted, Manuela, hará el favo de llevarse a la niña a su casa. Yo me quedo.

Y comenzaron inmediatamente los preparativos para la operación.

La intervención fué delicada, costosa. Rocio se estremeció horrorizada a la vista de la sangre que parecía aun más roja en la blancura de las sábanas.

La operación había tenido éxito, aunque el doctor reservaba su diagnóstico definitivo. La herida no era para alarmar, salvado el peligro de la asfixia, pero sí le preocupaba mucho el riesgo del corazón, contra el cual iba a luchar.

Pasó una larga noche de angustia, pendientes todos, angustiados por la xobra, del estado de Carrito, que parecía descansar, silencioso y pálido.

Clareaba ya. En la lejana sierra comenzaba a pintarse una fuerte línea azul.

Rocio, vencida por las emociones de la noche y por los recuerdos que le vantarón, lloraba silenciosamente y con

la severidad con que aprendiera a juzgarse, reprochábase toda la desgracia de Carrito. Y mordió su alma el remordimiento.

Copita se acercó a ella. También el veterano banderillero tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Maldito sea su corazón suyo de toro!

—Pero ¿usted cree que se muere? —preguntó temerosa.

—¡No lo querrá Dios!

—¿Es muy grave la herida?

—¿No ha oído usted al médico? La herida es mala, pero lo peor es ese corazón tan bueno que de tanto como lo han pisoteado no tiene fuerza pa mover una almeodra.

Rocio se tapó la cara, buyendo de aquella voz acusadora.

Tres mortales, tres inacabables días transcurrieron en permanente xobra, siempre con el miedo y la visión de la muerte, amenazando cercana. Apenas si durante ellos descansó Rocio más de dos o tres horas.

Manuela llevaba la niña por las mañanas para que la viera Rocio, apartada en una habitación interior.

—¡Se nos muere, Dolorcita mía! ¡Se muere nuestro padre!—decía abrazando a su hijita.

Y rezaba, rezaba haciendo promesas a cambio de la salud que para él pedía al cielo.

En la noche del tercer día, al entrar Rocio en la habitación de Carrito con una taza de caldo, se vió sorprendida por la desagradable presencia de Angel Romero, Romerita, que acodado a los



pice de la cama, como si estuviese contemplando desde un balcón a su rival caído, oía las noticias del curso de la herida que le daba Copita. En el turbio cineón de su intimidad la noticia de la muerte de Currito había levantado un sentimiento muy lejano de la pena. Mas la educación era la educación y había que someterse al buen parecer para evitar antipatías y disgustos.

A Currito le fué imposible evitar un gesto de desagrado al verle y se fingió amodorrado para librarse pronto de la molesta presencia del odiado rival.

Al ver a su burlador, la hija de Carmona se quedó sin sangre. Turbada y trémula se retiró precipitadamente al gabinete.

—¡Chiquilla! ¿Tú aquí?

Rocío con voz reconcentrada le increpó:

—¡Vete, traidor! ¡Vete, Judas!

El contestó cínicamente:

—¡Dime más, que todo lo merezco! Ya sé que me he portao contigo muy malamente, pero tú sabes que yo te he querido y tú me has querido a mí y todavía me quieres. Cuando entre un hombre y una mujer ha habido lo que entre tú y yo, no se puede olvidar nunca.

¡Ah, aquel hombre hablaba de su maldad como de una cosa sin importancia, risueño y cínico, con un imperioso aire de superioridad! ¡Y por este hombre falso y traidor se había dejado engañar! ¡Y de aquel mismo modo, con aquellas mismas palabras le había engañado! ¡Qué repugnancia, qué odio le inspiraba! ¡El miserable ni se acordaba

de su hija! Y se lo reprochó con desprecio!

—De mí no te tienes que acordar porque bien borrado estás de mi corazón. ¡Pero no acordarte de tu hija!

El echó mano a la cartera y sacando un faja de billetes se los ofreció:

—¡Ahí tienes! ¡Pa tu hija y pa ti! Vente conmigo y deja a ese don naide. Si sale de ésta no va a haber quien lo arrime a un toro. ¡Figúrate qué porvenir!

—¡Canalla!—dijo rechazando el dinero—. ¡Mi hija no te necesita! ¡Por ese naide no se ha muerto tu hija! ¡Por ese, que es más hombre que tú, un millón de veces!

—¡Niña!

—¡Y ahora vete de esta casa que manchas!—le dijo con odio y valentía. —¡Vete, maldición! ¡Y que Dios te dé lo que te merezcas!

El Pintao entró en aquel momento.

—Pero, ¿qué dices, niña?—preguntó Romerita sin perder la serenidad.

—Le ha dicho a usté que se vaya y usté se va—indicó el picador.

—Y tú, ¿quién eres?

—Usté se va ya mismo de su bueno, porque lo manda la señorita, o lo hago yo bajar más ligero por el balcón.

Romerita ensayó un gesto indiferente y salió altanero sin despedirse, mientras Rocío gritaba, pareciéndole imposible haber podido amar a un hombre de un cinismo y una crueldad así:

—¡Canalla... hase bien en no acordarme de su hija! Así haga Dios que ni de ella ni de mí vuelva a acordarse.

Volvió al lado de Currito que se había dormido y quedó velándole, pues quiso que Copita y El Pintao, que bastante habían trabajado ya los pobres, se fueran a descansar.

A la mañana siguiente la visita del médico fué anuncio de dulces alegrías.

—Buena, ya estamos del otro lado—dijo después de haberle reconocido—. El corazón ha querido ser bueno. Mañana quitaremos la cánula y listo. Hasta mañana.

—¡Adiós, doctor!

Rocio habló de restituirse a su casa. Ya no tenía nada que hacer, puesto que Currito estaba fuera de peligro. Pero Currito entristecióse y requiriendo un block de que le habían provisto para entenderse con la gente escribió con mucho trabajo estas palabras:

"No se balla usté".

—¿Y qué remedio? —contestó riendo—. No me voy a quedar aquí para siempre. Usted no necesita ya más cuidados.

Pero el papel volvió a hablar:

"Noquí erroponeme bueno".

—Traiga usté acá—replicó Rocio con gracioso ademán quitándole el block.—Prohibición absoluta de decir tonterías. El primer día que salga a la calle iremos todos a dar las gracias a la Virgen de la Paloma, porque así lo he ofrecido ya. ¿Entiende? Y ahora a obedecer.

## CAPITULO VII

Días después Currito salía a la calle ya restablecido de la grave cogida. Fueron, como había prometido, al tem-

plo de la Paloma, donde se encomendaron a la Virgen y le agradecieron su protección.

Curro se sentía con más ansias de vivir que nunca. Una maravillosa esperanza vivía en su corazón, haciéndole pensar que llegaría un día en que Rocio le aceptase. Mientras, él volvió a los toros con más ímpetu, convencido de que llegaría la ocasión de unirse con la mujer que amaba.

Todo el verano lo pasó toreando. De la plaza al tren y del tren a la plaza, del Norte a Sur y del Este al Oeste, ni el mismo Currito supo las veces que recorrió España aquel verano, llamado de todas partes para torear. En este pasar meteórico de tren a tren apenas si vió a Rocio un momento las dos o tres veces que estuvo en Madrid en todo el verano.

Cierto día hallábase Rocio muy entristecida, pues llevaba algún tiempo sin ver a Currito. Con la ausencia parecía haber crecido su estimación y otro bello sentimiento que había nacido de las fuentes de la gratitud. Manuela le hablaba de él, sin que Rocio protestase ahora por la insistencia en nombrárselo o desviara la conversación como antes. De pronto sonó en su puerta la voz de Currito pidiendo licencia para entrar. Era la primera vez que se atrevía a presentarse allí, pues siempre había hablado con ella en casa de Manuela.

—¿Me deja usté pasar, señora Rocio, que tengo que decirle una cosa?

La señorita Rocio se sobresaltó; cien imaginaciones pasaron por su mente... Para ganar tiempo y sercarse sacudió

sin contestar los hilachos que le llenaban el delantal y la falda. Y levantándose confusa, fué hacia el torero.

—Pase usted, Currito. ¡Qué milagro! ¡No cierre la puerta, déjela como estaba! Vamos, siéntese. Dígame qué trae de bueno.

Entró Currito y se detuvo un momento, paseando su vista por el cuarto, saturándose de su ambiente, de aquella modestia tan bien avenida con sus anhelos. Muy serio y tomando asiento, empezó a decir:

—¡Señita Rosío!

—¡Don Francisco! —se burló ella.

—Bueno, Rosío — concedió —. Vengo a decirle que en cuanto termine las del Pilar, me vi pa Méjico. A por cincuenta mil duros que con veintidós mil que tengo ahorraos...

—¡Setenta y dos mil duros, un capitalazo! ¡No se pué hasê na con eso! —dijo sonriente.

El sonrió, pero contuvo la confesión que asomaba a sus labios. Ahora, no; no quería hablar hasta que nadie pudiese creerlo obediente a otro deseo que el noble y puro que llenaba su alma. Cuando volviese rico...

Sacando del bolsillo un sobre grande extraído de él unos papeles y se los fué a entregar.

—Veintidós mil duros y diez mil del anticipo de Méjico. Yo me quedo con los cuatro mil del Pilar y la corria de mañana pa el viaje. Tome usted, he venido a dársele a usted.

Le interrumpió secamente:

—¿Qué hace usted, Currito? ¡Guarde usted ese dinero!

Acababa de sufrir un dolor, tanto más cruel cuanto menos esperado. La sensibilidad de Rocío, tan sobreexcitada, sufrió al recibir la acometida de una nueva ofensa. ¿Este también? ¡Dinero a ella! ¡Qué doloroso desengaño! Sintió como un derrumbamiento de su alma y apartó con ademán altivo la mano de Currito.

Sin comprender del todo, Currito tuvo una vaga adivinación de cuanto en la mente de Rocío batallaba y puesto en pie, humilde y digno, le dijo conmovido, pero con firmeza:

—¡No me diga usted na, señita Rosío! Usted tiene una hija que no es cuñera porque la tiene a usted, pero si es día de mañana la falta, no quiero yo que a la hija de la señita Rosío, que ha sido tan buena para mí, la pase lo que a su madre.

Rocío tuvo que hacer esfuerzos para que no la venciera la emoción. Este era Curro, el hombre bueno y noble. ¡Qué mal le había jugado! Y conmovida tomó los resguardos que le ofrecía el torero.

—Deme usted. Le guardaré ese dinero hasta que usted vuelva, que volverá sano y salvo. Y muchas gracias por la confianza que usted me hace.

Y ella, la muñequita, puso en Currito una mirada intensa en la que había algo más que gratitud.

El inclusero se estremeció. Vió brillar en los ojos amados las luces de la felicidad y se sintió capaz de todo. Mas comprendiendo que después de lo que acababa de hacer no podía dignamente pedir paga, se impuso silencio y mar-



chó de allí sin confesar su secreto, tan conocido.

—No me diga usted na, señita Rosio, no me diga usted na... porque... no me diga usted na a mí, ¿sabe usted? ¡Adiós! ¡Rese usted mucho pa que me sarga bien todo lo que yo quiero!

Y se marchó precipitadamente mientras ella quedaba pensativa, con el alma vencida por la nobleza, por la generosidad y por la gentileza de Curríto.

\*\*\*

Curríto y Romerita toreaban mano a mano en una plaza de toros pueblerina. Había una pugna violenta entre los dos y el público dividía también sus tendencias entre los grandes rivales.

El circo estaba ahurrotado, se anunciaban buenos toros y la afición se prometía una tarde ávida de emociones.

Salieron las cuadrillas. Romeristas y curristas aplaudieron estruendosamente a sus ídolos.

Sonaron los clarines y a la alegría y al ruido sucedió el silencio temeroso de la tragedia.

Impetuosamente saltó a la arena el toro, un magnífico ejemplar, de brillante pelo negro y afilados cuernos.

Romerita actuó no de muy buena gana, aplaudido por los suyos y protestado por el bando rival. Curríto fué el de los últimos tiempos, sereno y seguro de sí mismo, realizando quites de extraordinario valor.

Aquel toro tocaba matarlo a Romerita y era un bicho difícil, traidor y violento. Mirando con rabia a Curríto que

le contemplaba friamente, sintió Romerita una explosión de ira contra él y quiso lucirse ante sus ojos, demostrándole su superioridad indiscutible.

Desplegando la muleta comenzó a pasar muy valiente. Pero el valor solo, sin la habilidad, no es nada en el toreo. Y Romerita era un torero hasta, de pocos recursos, sin otra cosa que su emocionante despreocupación.

Iba a matar, después de obligar a todos a que se apartasen y corto, derecho, despacio, recreándose, con plena seguridad de sí mismo, confiado en su valor y en su corazon, se dejó Romerita caer sobre su enemigo.

—¡Oooo...lé! — comenzaron a gritar sus partidarios.

Pero no pudieron concluir. El grito de alegría acabó en un alarido de terror. El toro cogió al torero por el pecho, lo subió en alto con la cara trágicamente contraída por el dolor, lo lanzó a los aires y cuando Romerita cayó pesadamente al suelo, se fué sobre él para herirle nuevamente. El capote de Curríto acudió amparador y se llevó a la fiera.

—¡Me ha matao! — exclamó Romerita.

Rápidamente acudieron sus toreros y se lo llevaron a la enfermería. El público, luchando el horror con la admiración, le acompañó con sus aplausos. Aun tuvo fuerzas y amor propio el espada para volver la cabeza hacia el toro, anhelante de verlo rodar muerto. Y cuando traspuso la puerta del corral, lejos ya de la sugestión del público, se dejó vencido, acobardado:

—¡Me ha matao!

Y tendido en la estrecha e incómoda mesa de la enfermería, luego de despojado prestamente de la ropa, al aire el tremendo cornalón en el costado, mandando sangre, suplicó con miedo de morir y ansia de salvarse, a los médicos que acudieron azorados y discutían, perdiendo un tiempo precioso, quién había de curarlo.

—¡Uno, pronto! ¡Uno, por Dios, que me muero!

Un médico le reconoció, ayudado por los otros y se miraron asustados. Por la mucha herida salía el aire. Acudieron a taponar con gasas, a poner inyecciones, con gesto de desconfianza. El torero miraba ansioso a los suyos, buscando en su cara la terrible verdad que adivinaba en las contracciones de sus caras, para no llorar y sobre todo en aquel silencio espeluznante.

De pronto vino de la plaza el estruendo de un ¡olé! y luego el tableteo impetuoso de la oración. Romerita volvió los ojos hacia el ruido y los cerró, contraida la cara por un dolor más grande que el de la cornada.

Era que Currito acababa de matar lucidamente al toro y la multitud aplaudía delirante al triunfador. ¡Viva el que queda! La vida es una inmensa plaza de toros.

Contemplando el cuadro compungido de los demás toreros de la cuadrilla de Romerita, preguntó Currito con triste-

za:

—¿Se ha muerto ese hombre?

—Tiene una corná grande, pero nada

más—contestó Copita procurando desvanecer la mala impresión.

—¿Por qué me lo tapáis si lo estoy viendo en vosotros en la cara?

Olvidado del rival, dejóse dominar de una viva impresión de pena y una amarga protesta le subió a los labios. Así eran los toros y así era la admiración del torero. Mataha un toro a uno y los demás tenían que permanecer en el ruedo, sin que nadie se compadeciese del que mataba, esclavo de la crueldad de la afición, espinado en su crueldad malsana hasta en sus menores gestos para medir su valor por ellos.

Currito despachó la corrida breve y sobriamente con tanto lucimiento como la empezara y apenas cayó el último toro se apresuró a ir a la enfermería.

Era una sala lóbrega y triste, más oscura a la luz que huía. Romerita, livido, respiraba trabajosamente, los dedos pumando por coque la colcha y los ojos muy abiertos, con una trágica, desesperada expresión de miedo.

Un cura leía sencilla y solemnemente la recomendación del alma. A los pies de la cama los mozos de estoque lloraban silenciosamente.

Impresionado por el cuadro, Currito se detuvo en el umbral sin saber qué hacer. Al verle las pupilas de Romerita se iluminaron con un último fulgor. Con desesperado esfuerzo irguió un poco la cabeza, clavó en él una mirada anhelante y trabajosamente pudo decir:

—¡Tú!

Una lágrima, acaso la primera, rodó por sus mejillas; la cabeza se desplo-

mó en la almohada, la boca se contra-  
jo en una mueca de horror y los ojos  
vidriosos quedaron fijos para siempre.

—El Señor le acija misericordioso  
en su seno—dijo el sacerdote, cerrándo-  
selos—. Encomiéndole a El.

Todas se descubrieron y siguieron en-  
tristecidas el murmullo del rezó. Las  
campanas de la iglesia vecina doblaron  
fúnebremente. El gentío aglomerado en  
la puerta de la enfermería levantó un  
clamor de duelo. Los ojos de Currito se  
humedecieron. Copita lo sacó de allí.  
La gente abandonó lentamente la plaza  
y tomó el camino del pueblo, entriste-  
cida, como miembros de un tribunal que  
volviesen de una ejecución.

A pesar del cansancio, Currito dur-  
mió mal. Una duda le mordía y le  
atormentaban los celos. ¿Cómo recibiría  
la noticia Rocio? Y a la tarde, cuando  
vió a Copita, le propuso ir allí abajo.

Cuando llegaron a casa de Rocio el  
cegarón de Currito le latía lleno de mie-  
do. ¿Qué iba a saber? Pero al final de  
la escalera salió a tranquilizarlo el rui-  
do apacible de la máquina. Rocio tra-  
bajaba.

Le hacía compañía Manuela. Currito  
saludó torpemente y se sentó. Manuela  
inició una conversación alrededor del  
suceso, pero sin tocar en él. Rocio en-  
guía cosiendo sin decir palabra. Hasta  
que al fin, sintiendo fijas en ella las  
miradas interrogantes de los toreros, al-  
zó la serena frente y respondió con  
voz tranquila a las preguntas que leía  
en sus pensamientos:

—No. No he llorado, no lloro; no  
tengo por qué. Mas... si para que Dios

le perdone necesita mi perdón, es el  
padre de mi hija y perdonado queda,  
que el Señor me perdone a mí también.  
¡Pero llorarlo, no! ¡Fue muy malo con-  
migo! ¡Me hizo mucho daño, mucho  
daño!

Y rompió a llorar por ella misma. Y  
callaron respetando sus lágrimas.

\*\*\*

Pasó tiempo, largos meses, largos...  
Rocio continuaba sentada a la máquina,  
melancólica y pensativa, con la mirada  
perdida lejos, muy lejos.

Y en su frente parecían leerse las in-  
terrogaciones que la inquietaban: "Me  
quiere, pero, ¿cómo me quiere?" Y sólo  
tenía respuesta indudable, segura, para  
una pregunta: "¿Le quieres tú, muñe-  
quilla?"

¡Sí! No sabía desde cuándo ni cómo,  
pero lo cierto es que le quería como no  
había querido al otro, con un amor más  
elevado, lleno de admiración, de res-  
peto y de ansia de hacerlo feliz y de ser  
feliz con él. Era el lirismo del amor  
primero que no vivió en la pasión tu-  
multuosa ni en el deslumbramiento de  
su engaño, ni aun en los diálogos pér-  
fidamente abrasadores de su reja. Sin  
la contrariedad que aviva el fuego amo-  
roso, ¿quién sabe el final de aquello?  
Ahora no, ahora se sentía conquistada  
por la bondad, la firmeza y la lealtad  
de Currito; las nobles cualidades que  
no supo ver ni podían apreciar la inex-  
periencia y la inconsciente ligereza de  
los años felices.

La ausencia y el amor engrandecían



la figura del inclusero, siempre el alma leal asomada a los ojos, con aquel cautivante aire melancólico y soñador, como el de los héroes románticos de las novelas que ella había leído cuando soñaba.

Rocío no hacía más que suspirar todo el invierno, pues Currito estaba en América torando todos los domingos y ella vivía llena de angustia hasta recibir el lunes por la noche o el martes por la mañana el cable tranquilizador.

El invierno había tocado a su fin y el torero embarcó para España tras una serie gloriosa de triunfos.

¡Gracias a Dios! Al fin llegó el deseado cable: "Salimos". Las lamparillas de los toreros fueron substituidas por las de los navegantes. Cualquiera nube las llenaba de miedo y las tenía rezando sobrecojidas.

El Domingo de Ramos subió alborozada Manuela a casa de Rocío con el anhelado papel amarillo en la mano.

—¡Parte, parte! ¡Ya están ahí! Han desembarcado hoy. Mañana salen. Lea... lea... "Anámonos de desembarcar sin novedad. Salimos mañana correo. Saludos cariñosos".

Y el martes esperó Rocío emocionada la llegada de Currito. Pidió ayuda al trabajo para aligerar el tiempo. Sonreía moviendo la máquina. La niña reposaba en la cuna. ¡Qué día tan hermoso! Hacía sol... era primavera, estaba enamorada, se sentía optimista y aguardaba impaciente que sonase una hora.

De pronto, aun no mediada la mañana, cuando no le esperaba, ella que le

estaba esperando, la voz de Currito sonó jubilosa en la puerta:

—¿Puede pasar a descansar un momento un caminante que viene de un viaje largo?

Rocío se levantó prestamente y fue hacia él, tendiéndole las manos, coloradita y azoradilla, saliéndole el contento por los ojos.

—¡Bien venido! ¡Bien venido!

—Robiando por yegü... ¿Y la nena?

—Ya empieza a hablar. Mírela usted. ¿Verdad que está mu bonita?—dijo llevándolo a la cuna donde dormía.

—Como su madre, que cada día está más preciosa.

La señorita Rocío volvió a ponerse colorada. Y desvió la conversación. Se sentaron.

—¡Eñhorabuena, Currito! Ya ha satisfecho usted su afán. Ya es usted rico. Voy a devolverle su dinero.

—Déjeme usted a mí de dineros. Yo lo que quiero...

Y se otraguñó y se le acabó el valor. ¿Cómo era lo que seguía?

Rocío insistió, alargándole los resguardos.

—No crea usted; más miedo me han hecho pasar los dichosos papeles... Las veces que he soñado con ladrones.

Dejó los resguardos sobre la máquina. Hubo un embarazoso silencio. Currito daba vueltas y más vueltas al sombrero, sin acertar con la palabra. ¡Tan bien pensado como lo tenía!

Ella, viendo acercarse el momento, escondió la cara, hundíendola en la labor. Se puso a coser. Saltaba la agu-

ja que no se le vela, devorando costura.

Al fin Carrito encontró el valor que le faltaba, tragó saliva, cerró los ojos y se lanzó.

—Señita Rosío... Rosío... míreme usté. No, no me mire, porque si me mira no me strevo... Yo... ¿sabe usté? Nosotros... ¿Se quiere usté casar conmigo? Yo se lo iba a decir de otro modo mejor, pero no me sale. Yo la quiero a usté como a to lo que no ha podido querer en este mundo.

Rocío acababa de hacer un fio en la costura. La aguja rota, el hilo enredado: un desastre. Y no sabía separar de allí los ojos. Al fin, trémula, ahogándose con las palabras, alzó ella la cara, blanca, y trabajosamente dijo:

—Carrito, yo no sé cómo agradecer a usté. Ha sido usté siempre tan bueno conmigo... pero yo no puedo ser la mujer de un hombre honrao—y rompió a llorar.

—¡No diga usté eso, Rosío! Usted no ha sido mala. Lo sé yo que es quien le tiene que saber. ¡Quiérame usté, Rosío!

—¡Si ya le quiero a usté! — se le escapó.

—Rosío! —gritó él, loco, levantándose—. ¡Dígamelo usté otra vez! ¡Por la salud de su madre, dígamelo otra vez! ¡Yo no he tenido más ilusión que usté: lo que he torneo por usté, que fué como si me tirasen a la sepultura y usté me reusitó! ¡Sáqueme usté de penas! ¡Dígame usté! ¡Rosío! ¡Te quiero!

Sus ojos se iluminaban con resplan-

dores de felicidad, haciéndole donación de un alma.

—¡Y yo a ti, Curro, yo a ti!—asintió gozosa—. ¡Con toda mi alma!

—¡Te quiero, te quiero! ¡Joy! ¡Mi vida!

Y tremante, loco, cubría de apasionados besos la cara de la muñequilla.

—¡Curro! —dijo dulcemente ruborizada.

—¡Perdóneme usté! Estoy loco. No sé lo que me hago. ¿Me perdona usté? ¡Me quiere tu madre, ¿lo oyes?, me quiere!

Y cegía en alto a la niña y la besaba.

—¡Démela usté que se le va a caer!

—¡Viva la Virgen Santísima de la Esperanza, que es la mejor Virgen del mundo! Y ahora a Sevilla. Hoy mismo saldremos en auto a dejarte en tu casa, pa que salgas de allí pa la iglesia. Manuela y Joaquín vendrán con nosotros.

—Mis padres no me perdonarán—dijo acobardada.

—Se lo pediré de rodillas.

Y luego, riendo, evocando otros tiempos, él la dijo:

—¡Arreglamos esas mantas, señita Rosío?

—¡Curro, mi hijita!

Y rió y lloró con él.

## CAPITULO VIII

Llegaron a Sevilla en Semana Santa. Ante la puerta del hospicio se detuvo el automóvil que les conducía. Rocío estaba emocionada.

A lo lejos sonaban cornetas y tambo-

res. El acompañamiento de las cofradías. Allí alcanzaron a divisar en el cruce de una calle los capirotos de unos nazarenos y el lucerio de algún paso.

—Aquí tiene usted a su hija, madre— dijo Currito a Sor María del Amor Hermoso, presentando a Rocío.

Rocío bajó la cabeza avergonzada. Desde que entró en Sevilla creía ver en todas partes miradas de reproche y de desprecio. Sor María comprendió y cariñosa le tomó la barbilla, le alzó la cara y delicadamente salió al paso a sus temores, diciéndole:

—Míreme usted, hija mía. Es verdad que es muy bonita, Curro. Tiene cara de buena. Quiérela mucho, hija mía, que se lo merece. El Señor les hará a ustedes muy felices. ¿Esta es la nena? ¡Qué linda es! Vengan ustedes, se acomodarán en la sacristía hasta que vuelva a su casa.

La muñequilla no pudo dormir en toda la noche. Las cariñosas palabras de Sor María cayeron sobre su alma como rocío en las flores muertas de un jardín, abriendo las puertas a la esperanza. ¡Cómo anhelaba el momento de ver a sus padres!

Por la tarde del día siguiente, mientras Currito iba a buscar al padre Samuel, Capita se llevó a Manuela a ver las cofradías.

—¡Camará, limpie usted esos ojos que se va usted a marear viendo mi pueblo! ¡Na! ¡Er pueblo de María Santísima! ¡La Virgen y yo, palenao!

Cayendo la tarde, pasaban los nazarenos, con sus túnicas blancas, con sus túnicas negras, con sus túnicas moradas.

—Y esos de las capuchas, ¿qué son?

—Los cofrades y los penitentes. Así habla jurao ir yo a pie cojito, si me llega a desí que no la gallega más bonita der mundo.

—¡Pues váyase encargando la ropiña, tío!

Oyóse un redoblar de tambores y alaridos de trompetas. Plan, plan, rataplán, Plan, plan, plan. Y al fin, radiante, el paso. Tras el lucerio del movable altar, los Cristos expirantes iban ofreciendo al pueblo el abrazo de redención y bajo la riqueza de los fastuosos mantos bordados de oro, pasaban las maravillosas Virgenes, con sus caritas inefables y sus manos tendidas, hablando a todos los dolores de la inagotable y tierna misericordia de la Madre de todos.

—Pero, ¿dónde ha visto usted algo más bonito? ¿Dónde ha oído usted mejor, mi arma?

—A su lado no se huele más que a vino—contestó Manuela.

—¡Homemaje a la tubenera! ¡Y olé las maruxas con latifundio!

Más tarde, Curro, realizada ya su misión, vestido de nazareno, fué al hospicio donde estaba también Manuela, y le dijo a Rocío:

—Vámonos que todavía tenemos que preparar muchas cosas. Yo voy a la Macarena, ustedes al Cristo del Gran Poder. A la mañana nos volveremos a juntar para ir a casa del señor Carmona.

Currito se fué solo para tomar parte en la procesión de la Virgen de la Esperanza, la más amada de Sevilla.

La bulliciosa multitud veía pasar la



procesión, subrecogida en silencio. Latía en todos la fe que vive en el fondo del alma y el pueblo se entregaba a su arraigado fervor religioso.

Lentamente avanzaban los pesados altares, llevados por veinte o treinta fornidos mozos, ocultos bajo las alagados cortinas de terciopelo, pendientes hasta el suelo, guiados desde fuera por el capataz, que realizaba el milagro de hacer atravesar sin detrimento, violencia ni alteraciones por la angostura de la calle el peso, más ancho que ella, con voces que eran automáticamente obedecidas.

Entonces vibraba conmovedora en el aire la aleta, oración ingenua, flor sentimental del pueblo, oída con recogido silencio.

*Mirado por donde viene  
er mejó de los nastos,  
atao de pies y manos,  
con er rostro denegrio,  
pa sacro a los cristianos.*

Rocío, Manuela y Copita se fueron a San Lorenzo a esperar la salida del Señor del Gran Poder.

No sin trabajo pudieron atravesar la calle llena ya de gente madrugadora y llegaron hasta la misma iglesia, cuya puerta estaba cerrada.

Dentro se hallaban los hermanos del Jesús del Gran Poder, la cofradía más numerosa de Sevilla.

Todo allí era recogimiento y mesura. Los hermanos hacían oración al entrar, arrodillados, algunos con los brazos en cruz. Allí estaba la flor de la nobleza y

de las clases altas sevillanas a las que se mezclaban gentes venidas de todas partes a rendir a la imagen el tributo de su devoción.

A pasos largos y recelosos, Manuel Carmona, avejentado y triste, procurando pasar inadvertido, cruzó por la iglesia y buscó refugio en un oscuro rincón de la capilla del Señor.

El padre Ismael dió al fin con él, que al verlo se apresuró a cubrirse el rostro como si quisiera disimular su presencia.

—Manuel, no te escondas ni me huyas, que estamos en la casa de Dios. Tú me has echado de la tuya y yo te busco en ésta que no eschan a nadie. Hemos de hablar. Dame la mano y hagamos las paces ante el Señor.

Don Ismael había visto ya a Currito y conocía la noticia de que Rocío estaba en la ciudad.

Carmona le estrechó en silencio la mano leal que se tendía hacia él.

—Y piensa—continuó el canónigo—mientras vamos con Él en lo que representa este Divino Misterio y encomiéndate a Él, como manda la constitución de la Hermandad.

Ambos amigos se estrecharon en un abrazo cordial. Luego, sin decir palabra, Carmona fué a ocupar su puesto, veinticinco o treinta antes del paso del Señor.

A través de la puerta percibíase el murmullo contenido de la gente que se apretujaba en la plaza. Balcones y huecos de las tiendas hallábanse también atestados. Sólo quedaba libre el camino que había de seguir la procesión.

Hablábase en voz queda, penetrados todos del misterio de la noche santa.

De pronto apagáronse las luces de la plaza. Sólo quedaron encendidos el farolillo que alumbraba tenuemente la imagen del Señor en la fachada de la iglesia y las estrellas que miraban desde el cielo parpadeantes de emoción.

Dió el reloj dos graves campanadas. A la primera se abrieron solemnemente las puertas de la iglesia y la cruz de la cofradía apareció en el umbral.

Un aire primaveral llenaba el ambiente. Y lenta, solemne, callada y doliente, avanzó la Hermandad en pos de la cruz.

Era un impresionante desfile de fantasmas. Caminaban calladamente, conservando el mismo ajustado andar, en un desfile interminable.

Bien pasada media hora apareció la imagen del Jesús del Gran Poder, con la llave de la redención a cuestas, el cuerpo cansado, el dulce rostro ennegrido, vistiendo pobre túnica morada, sin ore ni bordados, alumbrado sólo por cuatro farolones, humilde, sencillito.

Se hizo un silencio aun más profundo. Dobláronse las rodillas, bañó la ternura los corazones, dulces lágrimas invadieron los ojos y las manos tendiéronse suplicantes hacia Él.

—¡Señor!

De pronto rompió el silencio una trémula voz de mujer que de rodillas al lado del paso suspiraba una sarta, cuya emoción vibró en todas las coronas. Más que cantar se quejaba. Lloraba y pedía:

*Maresita Macarena,  
¡por Jesús crucificado,  
librame de esta cadena;  
porque con haber pecado  
ya tengo bastante pena!*

Carmona se estremeció al oírla. Un sudor frío bañó su rostro. El corazón le saltó del pecho. Vaciló. Estuvo a punto de caer. Instintivamente tendió los brazos. Y un sollozo levantó su pecho y se escapó de su garganta.

—¡Muequiyá!

Avanzó el paso, imponente. En el hondo silencio sonó extraño, imprecionante, el acompasado arrastrar de los pies de los costaleros.

Uno de los cofrades tocó a Carmona para que caminase. Se había detenido el tintero, extasiado ante la misteriosa voz que era sin duda la de Rocio. Esta había vuelto a confundirse entre la devota multitud, sin poder reconocer a su padre, encapuchado.

¡Ah, sin duda ella estaba allí! Pero la rencorosa voz de su soberbia herida, le dijo: ¿No ha muerto para ti? ¿Sabe Dios a lo que vendrá! ¡Olvidala! ¡Despreciala! ¡Mala hija! ¡Mala hembra!

Y dominada la impresión de su sorpresa, Carmona volvió a verse dueño de sí, enérgico, firme, incommovible en sus decisiones. Muerta, sí, y bien muerta. Aunque la viese al pasar, cruzaría por su lado bien indiferente.

Reanudó su marcha. En sus años felices gozaba Carmona al pasar bajo esos balcones, entre esa multitud devota y bella. Pero esta vez andaba atormentado, pensando que entre aquella muchedumbre debía estar su hija, cuya voz se

había dejado oír causándole una impresión honda como una puñalada en el corazón.

La cofradía siguió su ruta. Don Ismael el Almanzor que había reconocido y había visto a Rocío, arrodiliada al paso de la cofradía, la amparó paternalmente bajo el manto sacerdotal y la coloró tras el paso.

—No llores, hija. Ven. El Señor oye todo lo que le piden los corazones arrepentidos.

—¡Mis padres, mi casa! — sollozó.

—Ven. Sígueme y confía en El.

Y se la llevó de allí mientras la procesión continuaba su lento curso y Manuel avanzaba encontrando largo e inabarcable el camino. Era ya muy tarde. Los nazarenos caminaban agobiados por el cansancio.

Iba Carmona abrumado, deseando terminar aquella caminata. Ternura y rencor seguían riñendo en su corazón, con cruel batalla.

—¡Irase con ése, con ése! ¡Mufiequía!

Era ya de día cuando la procesión volvió a la iglesia. El sol de Sevilla había radiante a los cielos como una oración ardiente de la Humanidad agradecida y lo iluminaba toda con su luz generosa.

• • •

Llegó don Ismael al cortijo en el preciso momento en que Carmona parecía salir. Al verle no pudo menos de reprimir un gesto de impaciencia, como si quisiera evitar el encuentro.

—¡Dios te guarde, Manuel! ¡Así me huyes!

—¡No juyes! Es que no tenemos nada que hablar—dijo humilde.

—Alza esa cara para decírmelo mirando de frente y no escondiendo los ojos...

Llegó a ellos la vieja criada que al ver a don Ismael dió muestras de vivo alborozo.

—¡Dichosas los ojos, don Ismael!... ¡Qué me alegro de verle tan bueno! Ya ve usté, cuando no son lágrimas son suspiros. ¡Mal haya la soberbia de los hombres!

La ira tanto tiempo contenida de Manuel hizo explosión contra la criada.

—¡Fuera de aquí, roía vieja, lengüetera! ¡Fuera de aquí o...!

—¡O na! ¡Su mercè es el amo y pué mandá lo que le pía er cuerpo, pero a mí no me da la respetable gana de irme, ez! ¡Ya ves tú! ¿Tú sabes qué día es hoy? Er día del Señor y en este día no se echa a naide en la calle na más que en casa de los judíos.

Entró en aquel momento Teresa y el canónigo se dirigió suplicante a Carmona:

—Por boca de esta mujer habla la verdad, Manuel. Hoy no es día de rechazar a nadie ni de negar perdones, Manuel, por las lágrimas de tu esposa, por la pena de tus criadas, que son ya una parte de tu familia, por tu mismo dolor, perdónala.

Manuel le oía con la cara hundida y adusto el ceño, torvo, nervioso como fiera enjaulada que busca la salida.

—¡Manuel! — le imploró Teresa alzando hacia él las manos a punto de caer de rodillas.



—¡No!—contestó firmente—. ¡Ha manchado mi nombre!

—Rocio se ha redimido con su conducta, viviendo sólo para su hija.

Y el canónigo con tierna y conmovedora elocuencia refirió al padre rencoroso la historia y los trabajos de la pobre "mullequiya". Al nombrarle a la hija se alborotó otra vez Carmona. ¡Aquello más! Fue una nueva injuria. Era la perpetuación de la ofensa. Y por encima del dolor de padre el rencor de la rivalidad explotó impetuoso:

—¡Una hija de ése! ¿De qué mala hembra me viene usted a hablar? ¡Iré! ¡No quiero ver a nadie! ¡Fuera de aquí!

Y atropellando cuanto se le ponía delante, salióse, bárbaro, al pasillo.

Teresa levantóse para ir tras él, mas el canónigo la detuvo con un ademán aquietador:

—Déjelo que se pele conaigo mismo.

Y tras las vidrieras de la ventana le estuvieron observando como fué y vino, como se dejó caer con fuerza en el asiento, ceñudo el rostro, iracunda la mirada, como metía la cara en las manos, hoscó, reconcentrado, y así se estaba larguísimo rato, como la magnificencia del día le hizo ver el paisaje que se ofrecía espléndido, verde, cual el manto de la Virgen de la Esperanza y sonriente con sus florcillas humildes, todo promesas bajo la bendición del sol, como la belleza hacía penetrar en su corazón la ternura que la Naturaleza tiene para todos los dolores y como al

fin los ojos del infeliz se arrasaban de lágrimas.

—¡Ven, Teresa, ya es nuestro! — exclamó el canónigo alzando los brazos. — ¡Bendito sea Dios!

Y dulcemente se apoderaron de él y lo llevaron a la casa, como a un niño. El sacerdote le instaba a perdonar, contándole la historia de Rocio, su arrepentimiento, sus desposorios con el trabajo, la pobreza y dignidad de su vida. Carmona luchaba todavía. Reñía en su interior al cristiano y paternal deseo de perdonar con el prejuicio de su ignorancia y el temor a los juicios insensatos del mundo seco y cruel, que detiene tantas acciones generosas.

Teresa cayó de rodillas ante Carmona.

—¡Manuel, perdónala, es nuestra hija! ¡Si no la has olvidado, si te olgo llamarla muchas noches!... ¡Mullequiya!... Dime, Manuel, ¿he sido yo mala contigo?

—Na más tae has dao que muchas alegrías.

—Poco no me niegues la que por ese divino Señor te pido. ¡Es mi hija! ¡Me muero si no la veo más!

—Manuel, en nombre del Señor... suplicó don Ismael.

—¡Dejarme va! — exclamó con los ojos húmedos Carmona—. ¡Que venga! ¡Pero ella sola, sin su hija! ¡Yo no la he de ver, no la quiero ver! ¡Dejarme... dejarme!

Teresa iba a suplicar por su nieta, mas el canónigo le hizo una imperiosa

seña de silencio y la sacó de allí diciendo:

—Bien, Manuel, se hará como tú desees.

Y como aquella otra vez, cerró la puerta, aunque sin llave, dejando a Carmona consigo mismo y con quien todo lo ve.

\*\*\*

Era sábado de Gloria. En el corral disparaban tiros y en la cocina hubo estruendo de voces, risas y repiqueteos de peroles y sartenes.

Un gaitán cantaba a lo lejos una copla:

*Por tu calle voy entrando  
y me va cubriendo un velo,  
quiero entrar y no me dejan,  
quiero salir y no puedo.*

A media mañana un automóvil se detuvo ante la puerta del cortijo. Teresa y las criadas corrieron al encuentro de la señorita que llegaba con el padre Ismael.

Rocío y Teresa se abrazaron. Un solo corazón y un solo beso. Cruel dolor atenazó el alma de Rocío al ver llegar a su padre zajejuntado y decaído, el pelo gris, la mirada triste.

—¡Papaito! ¡Papaito mío!

Un sollozo se escapó del pecho de Carmona. Se abrieron sus brazos.

—¡Muñequiya!

Rocío cayó de rodillas, anegada en llanto.

—¡Perdóname, papá, perdóname!

Manuel la alzó y la cubrió de besos mientras murmuraba a su oído:

—¡Perdóname también tú a mí, muñequiya!

La vieja criada que se consideraba un poco abuela de Rocío, se volvió a don Ismael y le dijo agradecida:

—Si no fuera así cura y yo mesita, le daba a su merced un beso.

—¡Papaito de mi alma! ¡Perdón!— seguía suplicando Rocío—. ¡Quiero contároslo todo pa que no me juzguéis peor de lo que soy!

—¡No, chiquilla!— protestó Manuel apartando de sí aquella amargura—. ¡No quiero saber na, no me quiero acordá de na!

—Ven conmigo, Manuel—dijo el canónigo—. Quiero hablarte a solas.

Desaparecieron las dos. Teresa preguntó impaciente por la niña, temblándole los ojos húmedos.

—¿Y la niña?

—¡Más mona! ¡Más rica!

—¿Ya tiene más de un año, verdad? Habla. ¿Es morenita? ¿Como yo y como tú, verdad? ¿Dices que la van a traer mañana?

Sí, Rocío no quería dejar a su hija, pero don Ismael, tan conocedor de su padre, alegó que no se le podía dar todo de un golpe, sin riesgo de echarlo todo a perder y Sor María del Amor Hermoso le prometió que hablaría a su padre, segura de convencerle.

—¡Qué rica! ¿Cómo tiene los ojitos? ¿Y la boquita?

Y el santo amor maternal enjugó sus lágrimas. Y florecieron sonrisas en sus doloridos corazones.

Muy temprano llegaron a la otra mañana al cortijo el torero Carrito y Sor

María del Amor Hermoso, que llevaba en brazos a la chiquilla.

Rocio quiso levantarse, mas obediente a una seña de la monja permaneció en su sitio. Teresa no podía estar tan quieta. Los ojos y el alma se le iban hacia la niña, que rebullía alegre en brazos de la hermanita. ¡No, no! Aquello no lo conseguiría ella. Como su marido se empeñase, por vez primera en la vida le desobedecería... Cogería a la niña y a su hija y se iría con ellas, aunque fuese a pedir limosna. Era su nieta. ¡Su nieta!

Carmona salió a su encuentro.

—¿Cómo está usted, señor Manuel? —dijo Currito—. Yo y aquí la madre, queríamos hablár con usted.

Manuel hizo un esfuerzo sobre sí mismo y triste y resignado contestó:

—Entrar y sentarse.

Los llevó al comedor y sentados los tres, oyó grave y ceñudo la petición:

—Ya... ¿sabe usted? Rosío... Bueno, yo quiero a la señorita Rosío y ella también, vamos, se me figura a mí que me quiere. Y nos queremos casar y aquí, la madre, mi madre, porque ha sido una madre pa mí, lo dirá eso que hay que decir y que yo no sé...

Con palabras y emoción de madre, habló Sor María del Amor Hermoso:

—Tampoco yo no sé qué decirle, señor Carmona, sino que puedo decir que Currito hará fella a su hija. No hay hombre mejor. Se podría encontrar otro más noble y aun eso de la nobleza, ¿quién sabe?

Manuel accedió suspirando. No era aquello lo que él hubiera querido para

su hija. Torero y encima cunero. Pero tenía razón don Manuel: esto remedaba el daño.

—¡Que Dios os haga bien casos! Ahora tengo que decirte que yo le doy a mi hija lo mismo que tú tienes... ¡pero na más!

Curro le atajó con un gesto digno:

—Yo quiero a Rosío sin na y asín me la tengo que yevá. Rosío me trae su persona y es pa mí too. En mi casa no quiero yo que haiga más dinero que er mío. No es desprecio, señor Manuel, pero los dineros de usted no me hacen falta.

Manuel comprendió la intención y conquistado por el desinterés, la nobleza y el cariño que Currito demostraba a su hija, le tendió la mano.

—¡Eres un hombre cabal, Curro!

—¿Me deja usted que vaya a desfilársela Teresa y a Rosío?

Y sin esperar permiso salió al paillo llamando alegremente:

—¡Rosío! ¡Señita Rosío! ¡Teresa!

A Manuel le entró un fastidioso y persistente picor en los ojos que le obligaba a frotárselos nerviosamente. Sor María del Amor Hermoso le miraba con simulada picardía, mientras le hablaba.

—¡Pobre Currito! —y seguía acariciando a la niña que tenía en brazos—. ¡Qué pena dan los incluseros, sin poder tener quien les llame hijos y sin poder llamar padres a nadie! ¡Y si viera usted qué bonitos son algunos!... Mire usted ésta. Ayer me la entregaron para su ingreso en la cuna, pero no tengo valor. Si yo encontrase una familia



de carazón, ya que la suya no lo tiene... ¡Mírela usted! ¿No es una pena? ¡Y le sonríe, angelito! ¡Mire qué mimos le hace!

Y mirando a Manuel, que se mostraba inquieto, como presintiendo la verdad, agregó dispuesta a confesarlo todo:

— ¡Tiene toda la cara de usted, sino que no se enfada y no se pone tan feo! ¡Ay, qué abuelo tienes más cargante!

Y rápidamente, sin que Carmena se diese cuenta ni acertase a evitarlo, con gracioso desgarró, se la puso en los brazos y se fue corriendo, dejando a Manuel sorprendido y torpe, sin acertar consigo mismo. La nena le miraba y le sonreía como la "muñequita" a su edad y con la inconsciente simpatía de los angelitos, levantó su manita hasta la cara de Manuel y se la tocó risueña.

Y toda la soberbia del abuelo cayó vencida por aquella sonrisa.

Una cosa que no es "no" y es más grande que el mundo.

\*\*\*

Se casaron y vivieron muy dichosos. Colgaron su nido en una alegre casa cerca de donde aironas de luz y de aire se enanchan inesperadamente las callejas del barrio de Santa Cruz.

Seguía Curro siendo el torero de moda, pero a ruegos de Rocío, que temía siempre una cogida, acabó retirándose del toreo.

Un buen día se celebró una fiesta familiar para conmemorar el acontecimiento. Allí estaban los padres de Rocío, don Ismael, Sor María del Amor Hermoso, Mariela, Copita, Gaxuxu y El Pintao.

Todo eran risas. Ellas fueron el vino más alegre y la más sabrosa salsa de la comida paxosa.

Estaban todos muy contentos. Un hábito de felicidad les envolvía.

Sor María del Amor Hermoso a quien habían concedido permiso para pasar unos días con ellos, tenía en sus brazos al hijo recién nacido del feliz matrimonio.

— ¡Agüela! ¡Que se le cae la baba con el nieto! — dijo Curro, riendo.

Sor María del Amor Hermoso se ruborizó y pensó en aquel hijo que creía no haber conocido nunca y besó al niño que tenía en brazos y que, sin ella saberlo, era su verdadero nieto, llevaba la sangre suya. Sólo Dios conocería la verdad.

— ¿Quieres mucho a la abuela? — le decía con dulce ternura—. Dímelo, riquín. Porque soy tu abuela. ¿Verdad, Madre Santísima, que es mi nieto?

Aislándose de allí, Currita, cogido del brazo de Rocío, como enamorados que amparan su dicha en la soledad, le decía:

— ¡Tú te lo debo, Rocío de mi vida! ¡Bendita sea la hora en que Dios me llevó a tu casa y te traje a mi vera! ¡Arreglamos esas masetas, añita Rocío?—añadió llorando y riendo, apretándola mimosamente contra sí.

Salían risas y voces alegres, música de felicidad, por las abiertas ventanas de la casa. Y todo era paz bajo la templada caricia del sol de otoño, que arrullaba con suavidad de mujer...



E. B.